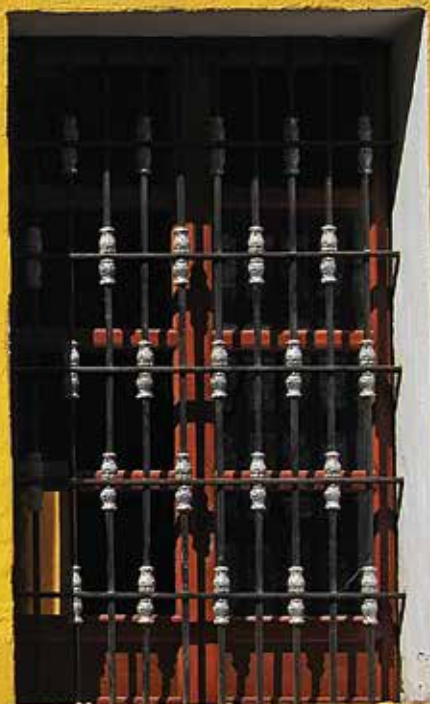


PREMIO NACIONAL DE CUENTO  
EFRÉN HERNÁNDEZ 2012

Luis Felipe Pérez Sánchez

# Eufemismos para la despedida



---

PREMIOS  
NACIONALES



EUFEMISMOS PARA LA DESPEDIDA

---

PREMIOS  
NACIONALES

La presente obra obtuvo el Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández, 2012. El jurado estuvo integrado por Alberto Chimal, Orlando Ortiz y Nadia Villafuerte.

Fotografía de cubierta: Tonatiuh Mendoza

Diseño de colección y cubiertas: Tonatiuh Mendoza

Versión electrónica: Virginia Díaz Martínez

# Eufemismos para la despedida

Luis Felipe Pérez Sánchez




EDICIONES LA RANA

Del texto:

D.R. © Luis Felipe Pérez Sánchez

De esta edición:

D.R. ©  EDICIONES LA RANA  
Instituto Estatal de la Cultura de Guanajuato  
Callejón de la Condesa núm. 8  
36000 Guanajuato, Gto.

Primera edición en la colección *Premios Nacionales*, 2013

Primera versión electrónica, 2020

Este libro se terminó de escribir durante el periodo 2011-2012 de mi estancia en la Fundación para las Letras Mexicanas, mi gratitud profunda.

Quiero agradecer especialmente al maestro Eusebio Ruvalcaba, al doctor Vicente Quirarte; a César Tejeda, colega a quien admiro, y al querido Pável Granados por sus valiosos consejos.





I



## Ulises

Se acercó a mí. Eran las dos de la mañana, más o menos. Estaba perdido, lo supe. Lo invité a pasar a mi cuarto de vecindad después de darnos un saludo tímido. El barrio donde yo vivía entonces era lo más lumpen de esos lares. Era barato, daba una impresión desastrosa. Sí, también se siente el acecho y el peligro casi como un catalizador entre el barullo y los escandalosos sonidos de las sirenas. Hay tiradores y narcos; las fruterías de noche son burdeles concurridos, los hoteluchos son de mala muerte y se escuchan los ruidos o lo que se esté haciendo en las habitaciones contiguas. Es hasta morboso; en cualquier esquina he encontrado a la más hermosa y virgen de todas las putas o al travestido más siniestro y oligofrénico. A los padrotes no hay ni que mirarlos; si acaso encontré alguna vez un taxi fue imposible usarlo como medio de transporte. Los taxistas que he visto por aquí alguna vez tienen dos razones para aparecerse: han traído a algún cliente adinerado, caliente y muy borracho, o el mismo taxista es el que viene en busca de amor por una noche. Es decir, se acercan a meter el pito en otro hoyo que no sea el de la bacinica. Las intermitentes luces neón debieron advertirle la clase de cloaca en la que estaba metido. El estridente maldecir de los putos debió llamar su atención;

los casi inexistentes, pero exuberantes taparrabos que mostraban las nalgas torneadas de una bola de maricones debieron ser una seña determinante. Sin embargo, como él dijo, estaba totalmente perdido y, además, hay que decirlo, era medio pendejón y atolondrado.

Yo me fumaba un cigarrillo. Salí a distraerme como acostumbraba. Solía mirar el extraño escenario que me rodeaba por aquellos días de maestro multigrado en la quinta chingada. Solía abandonar un rato la rutina por un poco de espectáculo nocturno de rampla: neón convulso y violáceo: la realidad en las rocas.

La luna acuosa de aquella madrugada me reflejó su gesto casi desesperado, de extravío. Mi aspecto, algo menos marica de lo que se podía observar alrededor, fue lo que me convirtió en su alternativa. Parecía, por lo menos, que yo no le cobraría. Acercarse y pedirme ayuda era su último y único camino. Lo supe desde que lo vi. En ese escenario yo representaba un elemento extraño. Lo hubiera sabido aunque me lo hubiera balbuceado en cantónés o en mandarín y no en ese español afrancesado e ininteligible. Entendí nada, pero ya tenía mis conclusiones y supuse que era mi momento de saldar las deudas adquiridas en mi pasado próximo con los francófonos en México.

Me había exiliado en aquella ciudad olvidada. Buscaba mejores oportunidades de ser miserable solo y quería ganar algo de plata segura, prestaciones y alguna plaza en sindicatos o plantillas. Usé ese pretexto para huir después de haber roto el corazón de una francesa con la que estuve viviendo un tiempo y de la que debí esconderme. Cuando escapé de esa trampa de arena, pasaba más tiempo inquieto, ya no por temer a que se suicidara ante nuestro rompimiento inminente, sino porque no

me destazara cada que se ponía histérica, que era como dos o tres veces al día, y por las noches un poco más. Me sentía en deuda, empero, y tomé la llegada de su compatriota como una ganga del destino, una especie de penitencia que ayudaría a mi purificación de cualquier culpa de amores y corazones rotos.

Sonreí quitándome el cigarrillo de la boca y le contesté, o más bien le dije, sin tomar mucho en cuenta lo que él decía, en mi pésimo francés aprendido en la cama, que si quería pasar a casa. Ahí podría descansar un poco. Por aquellos días recogí *itacates* de algunas fiestas de pueblo a las que había asistido. Ya que era el maestro, junto al médico en turno y el padrecito, la gente solía dotarme con algo de arroz, fideos y frijoles; carnitas, pollo y barbacoa; cervezas y botellas de tequila y mezcal corrientes. De cualquier manera, si él no hubiese aparecido, habría terminado tirando la mayoría de esas cosas a la basura o dándoselo a los perros de por ahí, que abundaban. Hicimos un paneo conjunto y bien sincronizado por el sitio que teníamos enfrente, sonreí burlonamente antes de invitarlo a pasar con una palmadita en la espalda mientras arrojaba mi cigarrillo encendido a la acera donde se consumiría. Saludé a *Vivi*, un putito buena onda que, por las tardes, antes de entrarle al tacón, se dedicaba (supongo que todavía debe ser así) a bolear zapatillas de sus colegas o las botas de los policías que hacen su rondín antes de que anochezca para dar un repasón a las muchachas, anticipándose a la llegada de los clientes. Por fin entramos. Dejó su maleta de *boy scout* en un rincón. Aceptó el vaso de agua que le ofrecí. Luego le serví un batidillo de todas las sobras que tenía sin preguntarle. Comió como condenado a muerte. Aceptó el cigarrillo que le ofrecí y comenzamos a beber tequila

en la mesa vieja que tenía habilitada como escritorio. El tequila taladraba la garganta y hacía arder el estómago: un treinta-treinta reposado que sabía a azufre pero que gustaba a mi inquilino. Sus creencias acerca de la bebida me recordaron a las de Lupe, una michoacana de mi pasado. Una güera de rancho que solía decir que podría beber lo que fuera, con que empede. Pero eso nada tiene que ver con mi acto de samaritano en este lado del territorio purépecha. Ni la rubia Lupita ni nadie conocen, ni conocerán este rumbo, a menos que se vean forzados a huir debido a la falta de trabajo o por algún conflicto como el que me había orillado a correr debido a la transformación amenazante cuyas consecuencias diplomáticas alcanzaban ya altos niveles.

Serví varias veces tequila o mezcal en unas tazas viejas y despostilladas. Seguimos brindando. No puedo negar que por un momento pensé que me convertiría en una especie de mimo. No fue así. Atiné a llamarlo *Ulises*. Tenía un nombre impronunciable que olvidé o que más bien nunca me aprendí. No era tan malo con el español y era bastante comprensivo con mi pésimo francés. En un momento de la noche entramos en una cauda silábica políglota: yo con un inglés chicano heredado de mi padre, un español rebuscado y lleno de gerundios que mi interlocutor no conocía y el pésimo francés aprendido en la cama; él, con un pésimo español, un francés nativo y un inglés masticable, hicimos que la conversación fluyera, como suele suceder con los borrachos. Con un cierto grado de beodez cualquiera se convierte, ya sea en políglota o en un exégeta.

Ulises venía desde Cuévano. Allá trabajaba como maestro de francés desde hacía algunos meses. Consiguió el trabajo por internet y en sus tiempos de vacaciones se

dedicaba a caminar sin rumbo fijo. Pensé que por mi traducción lo que había entendido era equivocado. Pero no. Repitió varias ocasiones en varios idiomas. Él había caminado el puño de kilómetros hasta llegar y perderse aquí, en la peor zona del peor pinche pueblo. Más cerca del infierno no podía estar. Yo balbuceaba mis conflictos xenófobos y algunos traumas o complejos de inferioridad que, seguro, no comprendió. Él se dedicó a explicar cómo es que había caído en este *finis terrae* en el que yo vivía por aquellos días.

Creo recordar que dedicó largo rato a contarme detalles sobre sus viajes. México no era el fin del mundo y él afirmaba conocerlo. Había recorrido Holanda en bicicleta un verano, había bebido café en el centro de Occidente: Estambul. Le fascinaba de ahí el ornato y la arquitectura de las mezquitas, su carácter ritual y de ceremonia le emocionaba. Recorrió Francia entera de aventón, de Britania a Marsella. No le atraía tanto la península Ibérica, dijo. De hecho, afirmó haber sido tratado algo mal por allá. Se dedicó a describir Islandia, donde vio el fin del mundo. Desde ahí se ve Groenlandia, según él. No dejaba de iluminarse su mirada como si lo que estuviera viendo fueran las once mil vírgenes dispuestas para él. Era fabuloso lo que los ojos podían llegar a mirar si uno buscaba bien en la naturaleza, si uno lograba situarse en el mejor lugar. Escribía novelas y poemas. Me aclaró, también, que aparte de funámbulo de la vida había estudiado teatro una temporada. De hecho, había pertenecido a una pequeña pero muy comprometida compañía de teatro. Hacían funciones callejeras a las que debía algunos de los tantos viajes que había hecho. Le creí todo. No tenía por qué dudar: su pinta era de un personaje de Dumas. Un viajero de

barba curiosa y un poco descuidada, medio bufonesco, mi cuentacuentos particular. Era verosímil que viniera andando desde Cuévano. El polvo lo cubría, el sol de invierno, lacerante y cruel, lo había quemado. Sus labios resecos y agrietados eran las señas más evidentes de las muchas horas de extenuante caminata que había pasado los días anteriores a nuestro encuentro. Quizá lo único que me mantenía receloso de su relato era su forma de beber. Pero qué importaba. No había pasado mucho tiempo y nos habíamos bebido mis reservas vinícolas de fiestas patronales. No había por qué finalizar la noche. Lo convidé a visitar casi poéticamente tabernas, puteros y cantinas, que era lo que nos quedaba cerca. Le aseguré que más tequila no nos haría falta.

Abandonamos mi cuartucho de vecindad con pasos torpes y, como pudimos, nos enfilamos rumbo a la zona de las bragas. La bienvenida de la calle fue brutal. Un par de sombrerudos bigotones –según recuerdo– tenían una confrontación a punta de pistolas e insultos por los favores de *Vivi*, que era muy pobre, pero siempre daba la pinta de inocente y delicado. Se ofendían y no dejaban de apuntarse. Pudimos ver cómo cortaban cartucho ambos. *Vivi* imploraba calma. Había perdido una zapatilla y lloraba. Se le había corrido el rimel. Los labios pintarrajeados, las medias rotas, se encontraba en el estado más deplorable de la historia de las peleas y conflictos amorosos que había visto en la zona, que presenciaré en mi vida. No traía ya la peluca de rizos brillantes y se le notaban las marcas evidentes de unos cuantos madrazos en medio de la trifulca. Eso me hizo pensar en que quizá no peleaban por su amor (o sus favores) solamente. Especulé al respecto: quizá uno de los agresores era un presbiteriano homofóbico y se ha-



bía erigido a sí mismo como el presidente de la liga de la decencia de aquel pinche pueblo frutero y ardiente en el que, en cuanto caía la noche, dejaba como una inocente caricatura a la mismísima Sodoma. Este título lo colocaba en la situación de evangelizador e inquisidor, mientras que el contrincante podría ser un defensor indignado ante la injusticia y la intolerancia: un total acto de intransigencia y abuso.

Permanecimos estáticos y pálidos ante lo que sucedía. Estábamos demasiado atolondrados como para ponernos sobrios del susto, así que nos escabullimos hacia no sé qué lado. Esperamos a que pasara algo con la riña.

*Vivi* se desvaneció. Un desgañitado suspiro que quiso ser grito fue lo último que pudimos ver antes de que azotara seco en la acera. En cuanto sintieron que *Vivi* había dejado de gritar y de querer separarlos, se detuvieron a ver qué había pasado con su putito. Lo encontraron K.O. Su actitud cambió de inmediato. Unieron esfuerzos para reanimarlo. Lo abofetearon casi cariñosamente, lo zangolotearon, lo llamaban por su nombre: ¡*Vivi*, *Vivi*, *Vivi*! Uno de los hombres empapó de whisky su camisa a cuadros. Había conseguido el líquido de una botella que habían arrojado antes de la pelea no muy lejos del sitio donde yacía el bolero de travestis. Se la acercó a la nariz para que la aspirara y, en cuanto le llegó la fuerza del tufo a alcohol, *Vivi* dio un suspiro y despertó de golpe. Me atrevo a pensar que todo fue una trampa del putito y, además, que le resultó a la perfección. Se olvidaron de la estúpida pelea, que era por amor y pertenencia de hecho, y los vimos enfilarse a una de las cantinas de por ahí. Un frágil *Vivi* ostentaba un *rictus* de telenovela. Lo llevaban de cazuelita. El par de bárbaros que hacía un minuto reñían ahora lo cargaban. En El Corsario los

volveríamos a encontrar cuando recorriamos, Ulises y yo, todas las tabernas del lugar.

Ulises fue todo un *rockstar* de las cantinas: en Los Pavitos cantó en español; en El Recreo comió gusanos de maguey; bailó con media docena de reinas en La Norteña. Dominaba todos los ritmos: el caminante bailaba tango a ritmo de salsa y gritaba con pasión las canciones de Juan Gabriel. Se escuchaba *Buenos días, señor sol* y *El noa noa* en la rockola. Le fue otorgado el título de *Rey del Barrio* esa misma noche. No pasó desapercibido en ninguna de las casas de mala nota a las que llevé a este extranjero aquella única ocasión.

No recuerdo para nada de qué manera volvimos a mi cuartucho. Seguramente fue al amanecer. Yo desperté con la luz del sol que me tostaba el rostro. Estaba tirado en el patio de la vecindad, seguro había sido besado por un par de ratas. A él no lo ubiqué hasta un rato más tarde, en el baño. En cuanto nos pudimos poner de pie, fuimos a buscar algún sitio para curarnos la cruda monumental que ambos sufríamos. Él, en lo que cabía, seguía emocionado con la cultura nativa y decidí mostrarle cómo sobrevivíamos a una borrachera en este lugar. Menudo y unas cheves. Charlamos de cualquier cosa: de sus cuatro novelas escritas en sus pinche mil viajes, de su emocionante estancia en México; de mi meteórica carrera de escritor defenestrada hace años, de mi estancia como profesor multigrado en comunidades rurales que habían perdido la batalla contra la migración y carecían de hombres; les sobraban niños y mujeres solas, unos soñaban con la troca del *american dream*; ellas, con la vuelta del marido, una eterna carrera contra la soledad y la lucha inútil frente a los embarazos permanentes. Jorge Negrete servía de fondo. Yo bebía mi segunda

cerveza. Ulises se iría en cualquier rato. La menudera, afanosa guía de turistas, ofreció su camioneta para encaminar al francés a la carretera que lo llevara a Playa Azul, último destino del visitante. Él insistía en que no hacía falta. Podía seguir andando. Lo llevamos hasta la salida del pueblo. Nos despedimos con un tepache en la mano cada uno. Nos dimos un fuerte abrazo. Sabía que no sabría jamás de él. Yo seguí un par de años más en aquel sitio. A quien me preguntaba por aquel amigo mío, el virolo europeo, le respondí, siempre, que él había vuelto a Francia.



## Louise

*A Manuel R. Montes*

Se llama Louise. Nos despedimos castamente en el estacionamiento de su hotel. El mío era una pocilga. Conduje por esa ciudad gabacha hasta dejar a la última de sus amigas. El horizonte era una delicia y la candidez cervecera iluminaba mi rostro; el suyo era una joya inverosímil, como la noche que me colocó allí. Colgaba de mi mirada la centrífuga imagen que oscilaba entre sus piernas enterísimas y su rostro casi de Madonna. Su francés clarísimo y su carcajada por jugarme la broma sorprenden todavía; preservó este gesto risueño con el que juego ahora: no era francesa. Sólo fui su caza de esa noche. Me vio en el bar. Me fulminó con la mirada, como aquella ocasión de diciembre en la que en medio de una mesa de cantina sentí cómo me jalaba de mi sitio la miradita saltona de una tal Lucy con la que compartí teléfono y de la que heredé la presencia de sus ojos negros y grandes, como aquella ocasión en Cuévano cuando la chica cruzaba las piernas frente a un martini y me esperaba por no sé qué razón; leía un libro en inglés y yo vestía de mí mismo, con ese blazer despintado que

no he enviado a la tintorería porque ella lo usó. Como esa otra vez cuando me despedía una divorciada con el mote de *Encanto* después de bailar son.

Un chico que la acompañaba se acercó a mí. Me columpiaba de mi penúltima cerveza al lado de un anacentrista con el que había estado todo el día. Me dijo: Ya la viste, vamos al Hilton. Charlábamos de la deliciosa de ese lugar: el grupo, el de la armónica, el barbudo de la guitarra: una leyenda incunable encontrar música así en sitios así. Nos invitaron al final de la velada mientras fumábamos en la acera. Nos dijeron: Vamos a nuestro hotel. El anacentrista no fue. Su avión salía en una hora. Sus bolsillos vacíos fueron la razón para no arriesgarse. Yo sí, no pregunté. Sólo caminé guiado por la refulgente miradita a la que no se le podía decir que no, como rata tras el flautista de Hamelin.

No era francesa. Me enamoró con canciones francesas en el reproductor de su camioneta. La lloreo anónimamente mientras repaso a Bubblé y a Camille. Ella me cuestionaba. Quería razones, quería cifras, es economista. Me dijo que éramos diferentes. Yo pensaba en callarla con un beso. Llegamos al décimo piso del hotel, charlamos en un alféizar, me emputé un poco cuando me reveló que no era francesa, luego me reí como pude. Seguro mi rostro ya arrastraba la noche y el viaje. Ella rió. Me aplastó el sonido de su rostro alegre y la luz de esa mirada capaz de petrificar a cualquiera. Su frivolidad y sus canciones francesas me dejaron ahí, en esa noche en la que conduje por una ciudad hecha contra tontos. No había manera de perderse, pero siempre encuentro la manera de extraviarme.

Había sido una jornada larga, entre cafés y comida gratis me sostuve. Finalmente en la cajuela de una Ram

que conducía un gemelo de Harry Potter pasado de kilos, que ostentaba un acento colombiano pero que era de Chihuahua, nos dirigimos al bar. La birra estaba servida y la charla fluyó como fluye todo en torno a la soledad de intelectuales de provincia, tal como se sabe camina todo cuando el punto de unión es la sangre recién conocida y empatada por no se sabe qué razón. Dos colombianos, un salvadoreño, una veracruzana; tres mexicanos y el director de un periódico poblábamos ese lugar tan epifánico del que se había hablado por la tarde en esa exposición casi elocuente y muy socarrona.

Fue todas las noches. Fue una sola pero volví a esa celeridad de años atrás en la que uno sobrevive en la sensación de infortunio delicioso en la tabla de un barco pirata. Ya medio borracho me puse optimista: incité a esa banda a hacer la vida, a dejar de sentirse un héroe y a cargar con el tiempo en las libretas y en los libros. En algún momento –quizá lo soñé como todo lo escrito arriba– fui vehemente, espetaba los discursos jamás cumplidos, diciendo las palabras como si a quien se las dijera fuera a mí, y quizá fue eso porque notaba mi imagen. Me reflejaba. Lo hacía de reojo y eso me hace pensar que me dictaba las cosas como cuando uno se mira en las mañanas en el espejo mientras se piensa el día. Decía yo, a respuesta de esa pregunta que me hacía el salvadoreño quejumbroso: me sentía en medio de algo que no podía desaprovechar. Me sentía un privilegiado con la seguridad de estar en una isla a punto de hundirse. Me presumía con la felicidad de equilibrista debutante pero incapaz de pensar más. Pedía disculpas en medio de una atmósfera que lucía roja gracias a la armónica que se escuchaba al fondo. Apelaba a lo poco que hablo con la gente, a lo mucho que me he convertido en una

isla. Y continuaba como si me hubieran dado permiso de darles clases desde un pedestal que me mostraba inoperante ante el tema que era la vida misma. Me movía con la insolencia aquella que dejó perplejo a Eduardo Milán esa noche que llegué tarde a la cena y que me terminé mofando de su poesía mientras me bebía el vino que él había pagado. Me presenté como aquella noche en la que invadimos los bares guanajuatenses y los incendiábamos hasta el amanecer con esa mirada canalla de los desvelados. Sabía que ese momento podría reseñarlo mientras sobrevivía a la resaca del día siguiente.

Una mañana después, sin el rumor del rock pueblerino, me plantaría frente a un café cargado un par de horas tratando de asimilarlo todo, tratando de sostenerme en pie para abordar el camión que me restaba para volver a mi lugar. Escuchaba como en sordina, a dos tiempos, las voces de la noche anterior y los indescifrables datos de voces femeninas que imaginaba enfundadas en uniformes, sobre todo con sus mascadas encantadoras. Yo me escondía tras mis gafas de sol. Tras todo, sólo restaba la resignada contradicción que expresaba con esa sonrisa socarrona de las maldades del niño preguntón.



## Encanto

*Aquella sensación era muy peculiar: una tensión oprimente y horrible, como si estuviera sentado frente al enfurruñado espectro de alguien a quien acababa de matar.*

VLADIMIR NABOKOV, *Lolita*

—¡Hey!, ¡papito!, quiero que me veas desnuda —sonrió.

La imagino preparando el numerito frente al espejo; noté su ensayo. Caminó como contando los pasos, echó un vistazo por encima del hombro y se alejó. Cuando vi esto, contuve un gesto socarrón. Reparé en su rostro redondito, lozano y pecoso. Intentaba alardear sobre algo. Lo embadurnaba con labial rojo. No habló más por el momento. Se unió a la fiesta. Sostuvo su miradita precoz en mi sonrisa. Fantaseaba. Se llama G, por decir algún nombre.

Aunque intentara indagar en qué momento esa muchachita se había envalentonado tanto como para colarse entre la gente y, ya sin distancia de por medio entre nosotros, afrentarme en ese bar, no lo descubriría. Me dio igual. Sólo pensé en mí y la cobardía de cuando fui un chico cursi malogrado y no me atreví, nunca tuve

un acto heroico que trascendiera a los besos ensayados ante el afiche o la foto de alguna niña que me gustara colgada en la pared. Pensé en cómo me temblaban las piernas de atreverme a tener la ilusión hollywoodense de entregar una carta sin remitente, a la salida del colegio, cuyo contenido fueran letras de canciones en caligrafía pequeña por encima del renglón, transcritas directo del casete, que habría escuchado y memorizado a fuerza de ello, como fondo de una escena cuyo final feliz, rebobinado una y otra vez, dibujado cientos de veces, se mostraba tan natural en esa mente desbordada de adolescente con cara grasosa. Pensé en la única ocasión que acaso hubo atisbos de haber pretendido darle realidad. Fue tan nítido el recuerdo que me ruboricé. El pudor de aquel chico despeinado ante su desengaño frente a la entonces chica de sus sueños volvió a mí; me asaltó. Todos fuimos Kevin Arnold. Todos fuimos ese chico cantinflesco que se anda por las ramas para no decir lo que soñó decir. Todos fincamos en escenas ridículas el éxito de un simbólico cortejo, el acto de heroísmo esdrújulo.

No me pongo a pensar en cuánto lo habría planeado, si era un sueño obsesivo. No valoro la posibilidad de que me haya seguido. Pero la respuesta la puedo intuir tras recordar ese gestito amable que tuvo conmigo a mediados de julio de no sé qué año ya lejano antes de esa noche: las fotografías que ella envió a mi bandeja de entrada un cumpleaños.

Imaginé que había una mentecilla perversa abriéndose como floripondio en verano al encontrar en mis archivos una secuencia de fotografías que me hicieron palpar. No había notado lo mucho que puede cambiar alguien al pasar los años. Reparé en que lucía braguitas de colores neón, las fotos eran más o menos una docena.

En éstas ella se mostraba juguetona, despeinada y en posiciones sugerentes. No eran despreciables. Me divertí. Sentía que era el protagonista de una novela. Conservo el recuerdo del color de sus uñas pintadas y sus dedos largos y huesudos; las piernas alargadas y bajo el cobijo de la adolescencia recién vencida de su piel lechosa y morena; sus gestos ingenuos que buscaban sensualidad. Después de eso podía firmar H. H.

No fue precisamente la cristalización de una sospecha sobre su deliberado intento de *seducirme*, signifique lo que signifique. No lo esperaba. La veía, ahora que lo pongo en perspectiva, como una estudiante venida de escuela religiosa. No distinguí antes esa cierta malicia que ahora, ostentosa, repartía; una malicia que sin embargo tiene cierta lógica debido a un soterrado mito que se escribe sobre las escuelas de puras niñas. Parece que les sobra tiempo para maquinar algún tipo de travesura.

No era tanto como cuando se filtraba oculta entre la atención de sus demás compañeras de salón en esos días en los que yo asistía una hora diaria a corregir abundantes faltas ortográficas y esperaba a que diera la una y media de la tarde para evaporarme de esa preparatoria. Quizá entonces ella tramaba cosas. Competía. Jugaba a la niña buena de calcetas escolares y trenzas de las chicas que han leído *Las edades de Lulú* u ojearon con el *mute* activado *Lucía y el sexo* en el Golden Choice Channel.

No reparé en los años que habían transcurrido desde que había sido yo su maestro de literatura. No había notado que tenía unas piernas portentosas; aunque ella lo sabía. Se había transformado casi en un cisne sensuálísimo. No era más la niña de calcetas hasta las rodillas y faldas de tablones, no era más la niña remilgosa; ya no se quejaba por la escuela o por sus padres divorcia-

dos. Había entendido que la vida no la iba a enfrentar a caprichos y reclamos contra los demás. Ahora usaba bisutería para ir al trabajo. Había conseguido colocarse después de terminar una carrera universitaria, portaba los tacones como si supiera de qué se trataba, como si guardara un clóset lleno de ellos en alguna casa lejana al centro de la ciudad pero con un ventanal gigante para ver el horizonte y para pasearse desnuda cuando el amanecer se antojaba así, para verlo todo ensabanada y con la cara de un triunfo.

Escribía, como en la preparatoria, cartas a su profesor, dijo en algún momento. Yo no pregunté más. Supe el nombre de sus dos mascotas y de algunos de sus ex-novios, algunas historias al respecto que me resultaron divertidas. Daba muestras de haberlo pasado bien. El primer novio había resultado un espía, un chantajista y una copia de su padre, afirmaba cuando bebía vodka tónico. La habría de entusiasmar como para arrojarle un vaso de vidrio a un patán que reconoció de otros tiempos. Lo hizo así, sin avisar. Charlábamos y simplemente lo cogió y lo arrojó con carácter.

Perdió la virtud con su primer novio, confesó. Dejó de ser casta a pesar de las oraciones nocturnas que devotamente rezó hasta la preparatoria. Lo habían hecho en alguna fiesta organizada por sus compañeritos del colegio. Había resultado, como era de esperarse, una lástima. Ni ganas de repetir la hazaña por dos razones. La primera, porque el novio, que alardeaba y que la retaba y la consignaba como una persignada, la tenía chiquita y era precoz. Prefería su propio dedo y sus fantasías antes que los pinches espectáculos característicos del juvenil experto en celotipia. Se daba cuenta de que estaba con él no por amor o algo parecido, pero a esa edad ni ella

ni nadie sabemos mucho, y sufrió. Dejó que la golpeará y la persiguiera. Toleró sentirse amenazada.

La segunda: Llegaría a la universidad. A pesar de que pocos creían que podría ganarse un lugar en una de las facultades más socorridas, ella se quedó entre los cuarenta alumnos aceptados por semestre. Se alejó y encontró un poco de locura sin horarios restrictivos. Conoció bíblicamente a un pianista. Resultó un desastre. Terminaron. Había perdido a todos sus amigos y, a cualquier lugar que llegaba, le preguntaban por el pianista que ahora no era su novio y, de hecho, se paseaba por la ciudad y por sus lugares con la nueva chica. Sabíamos que era una chillona. No era una sorpresa que su primera relación en la ciudad universitaria fuera una gran catástrofe. Debe haber sido una depresión de caballo. Cuenta que estuvo a punto de perder el año escolar por el pavor que le daba ir a clases por miedo o coraje de encontrárselo, ya no lo sabe. El camino entre la casa donde alquilaba un cuarto y compartía la cocina, y los salones de la facultad era un tiro de piedra. Pero era fuertísimo para ella, como suele suceder. Se había dejado absorber o había querido absorber al que no resultó el amor de su vida sino un patán y un mentiroso. No le evitó ningún drama de los que su historia rosa parecía poder prescindir. No comía, no dormía, lloraba por todos lados y un alarde de guanajuatense la hizo catadora del peor mezcal de la zona. Dio cuenta de incontables botellas de a sesenta pesos. Yo la notaba repuesta, casi entera, algo inexperta pero presumida como si su vida se hubiera mudado de venganzas cada vez. En lugar de reponerse de aquel bato que fuera su novio toda la preparatoria, una total decepción, ahora, en otro periodo de la vida, había dedicado sus esfuerzos

psicológicos a restablecerse del desengaño del pianista. Pero así sucede, le dije y guardé silencio.

Arremetió con las demás historias que no se alejaron tanto del drama pero fueron diluyéndose poco a poco entre los momentos felices y la premisa que, en algún momento, decidió revelarme. Me acosté con varios, menos de la docena, dijo. Pero casi todos tenían algo en común, subrayó. Me recordaban a ti.

No supe la fecha. Esa noche se reventó el cielo y disparó un diluvio violento. Mi casa se inundó. Y algo me preparaba entre tanta catástrofe ese mojado tabernáculo colmado de bares y cantinas. Debí sustituir la cena: reemplacé unas flautas con salsa verde por tomar la escoba como remo, unas cubetas y unos trapos para hacer al menos el intento por amainar la catástrofe doméstica. De cualquier manera la comida aquí es una porquería, pensé. Observaba los chorros de agua que se filtraban por las trabes en el techo. Recorría exhausto los pasillos y las escaleras intentando salvar cosas del pequeño *tsunami* que acometía los cuartos. La azotea era una alberca, las camas en cada habitación estaban a la deriva y, por la escalera, se escuchaba una cascada que me parecía digna de una termoeléctrica. JA estuvo conmigo en este acto de un tergiversado eco a *Moby Dick*.

De ahí en adelante garabateo todo.

Me aplasté un momento en el escalón de la puerta de entrada, tenía mojados los zapatos, también la playera. Mi stampa era la del derrotado. Recorrí Cuévano mentalmente. Traslapé tiempos y pasé por árboles recién podados, por un jardín colmado de parejas, escuché la música de la plaza, conté centenares de jóvenes que salen a hacer la ronda. Me detuve cerca del jardín. El bullicio me despertó de mi ensoñación: los japoneses haciéndose

fotos de todo y con todos, las estudiantinas estridentes y avejentadas bajo el terciopelo barato de sus trajes a la rodilla, la tristeza de los mendigos, la alegría de los recién casados o de las chicas con novio en ciudades como ésta. Todo era el camino hacia un túnel. Me recordé frente a un cantinero gordo que limpia vasos permanentemente. En mi memoria me dice adiós con el trapo en la mano tras haberme regalado el tequila de la casa. Solía visitar el mismo lugar pasadas las clases de los sábados. Por las mañanas hablaba tanto como profesor que esas noches agradecía no tener que hacerlo ya. Veía todo en colores sepia, emborronado. Me parecía vacío, pero no pesaba. Lo sentía liviano y yo mismo creía en la purificación de todo. La lluvia había limpiado ese peso de todos los recuerdos y yo no sabía lo que se avecinaba. Me esperaba una comitiva que ya pedía tragos en el Incendio. Me dejé llevar. Resultaría una experiencia vertiginosa.

Un carnaval. Había gente de varias partes y aquello parecía una fiesta. La noche había sido caótica para mí y después de un larguísimo rato por fin pude aplastarme, con los zapatos empapados, en la mesa de una cantina. Una mesa llena de recién conocidos en un sitio del que yo había dejado de formar parte hacía ya años. Pero conocía al cantinero y conocía gente en la calle. Contaba las historias del lugar. La rockola tocaba Cristian Castro. Bebíamos. Pasamos a un *karaoke* y yo le veía los chamorros a una de mis invitadas. Canté junto a ella *Mundo raro*. Ella llevaba a su novio y, mientras charlaba con él, sabía que me sondeaba. Quería saber si me estaba o no tirando a su novia. Parecía una ingenuidad a mi ver, pero lo que pude constatar es que todo mundo intuía que yo había tenido que ver con ella. No era así, y a veces lo lamento, a veces no tanto. Se me antojaba

la idea pero la temía. Sospechaba que era una fiera y un delirio hormonal andando, un pinche torbellino. Nunca me atreví. También creía en la posibilidad de ser amigo sin irme a la cama con alguien como ella. Sabía que me engañaba.

Circulé entre los que habitaban la parranda: amigos, conocidos, invitados, nuevos conocidos. Todos lo pasamos violentamente bien. Cantamos, bebimos mucho. Un mesero nos avisaba que una amiga nuestra estaba indispuesta en el baño de mujeres. La sacamos de cazuelita hasta la calle donde alguien corrió por su auto y la recogió de una banca donde lo esperábamos en un paraje intentando sostener a mi amiga. Ella era un bulto. La esposa del amigo me estiró un billete y me lanzó a la fiesta. Me dijo que me avisaba qué sucedía y que no me preocupara. Media docena de enfiestados seguimos. Nos metimos a otro bar, después del segundo antro incendiado.

Entré hecho un libador profesional al segundo piso. Las bocinas en el techo alto reproducían son. Pedí cubas libres para todos y me dispuse a bailar con una y con otra, y con otra. Terminé mi cuba en una mesa. Estaba ahí sentada una cuarentona de ojos verdes a la que le dio por decirme: *Encanto*. La chiquilla pecosa siempre estuvo allí. Había mudado un vestidito traslúcido que enseñaba parte de sus hombros chisporrotenates de juventud. Tenía puestos jeans y una blusa negra. Seguía con el labial rojo. Se burlaba de mí e intentaba cazarme para bailar. Yo resolvía los problemas maritales de mi amiga y su novio. En algún momento rogué al de seguridad para que no los sacara. Pedí más cubas libres y les hice jurar que se estarían quietos. Rato después debí entrometerme en un pleito con otro cabrón, ya bastante borracho, que estaba a punto de terminar a golpes con



el chico de mi amiga. Ella sí le acicateó unos puñetazos en el pecho al tipo. Se tranquilizó. El chico de mi amiga me veía bailar y partir el bacalao con tremenda agilidad. La cuarentona me advertía que si no fuera porque su hija de dieciocho estaba en casa, me robaba y se cobraba su regalo de cumpleaños conmigo. Me imaginé en algún momento así, vestido de cupido en calzoncillos con resorte de colores vivos y un moño en la tetilla izquierda. Me imaginé caminando por los empedrados llevado de la mano hasta la casa que ella prometía. Me imaginé metido en algún jacuzzi o en alguna cama en forma de corazón y en el techo espejos gigantes. Me imaginé en los brazos de esa cuarentona que me susurraba cada vez más que yo era un encanto. Volví al son y bailaba, lo hacía como si supiera, como si el ron con cola y limón ostentaran el abracadabra del ritmo cubano. Paneaba el bar y lo veía atiborrado. Era, sí, un carnaval de verano. Quedamos en beber algo otro día; me rayó su teléfono en el brazo. Sonreí y repitió el mote de esa noche con mucha coquetería de cuarentona. Recordé a las amigas de mi madre, cómo me jalaban los cachetes esas señoras embadurnadas con maquillaje ochenterísimo. Recordé también un libro de Eusebio Ruvalcaba y se me antojó un poco eso de las cuarentonas.

La pecosa de jeans rondaba aún. Quería contarme su vida. Deseaba presumirme los años que había vivido. Se emocionaba por haberme encontrado. Reveló que había visto un programa cultural por descuido. Dijo que reconoció mi nombre y decidió que era una buena oportunidad para saludarme y para comprobar cómo me había tratado la madurez. Quería saber qué hacía y si tenía canas ya, quería saber de mí. La noche meteórica nos llevó a la casa donde dormiríamos. Bebi-

mos un poco más pero ya no recuerdo mucho. Estaba tocado por las copas y quería dormir. Escogí una cama desocupada en el último piso y me eché como un bulto. Sentí la presencia de alguien, un cuerpo menudito y sentí cómo me insuflaba un poco de vida la manera en que metía sus manos en mi pantalón. Quise huir pero me resultó imposible. Estaba escindido. Mi cuerpo casi inerte respondía a las caricias juguetonas de la niña de labios rojos. Mi mente, en un desdoble oligofrénico me dictaba no de varias maneras. No quería tocar. Pero no hice nada para evitar que me besara. Dejé que me desnudara completamente. Alcanzo a recordar que la miré entera y sentí sus aureolas pequeñas y rosáceas encima de mi cuerpo, sentí sus vellos frondosos en mi vientre y no pude más. Mi cuerpo no se movía, mis instintos hacían lo que saben hacer los instintos. No me dejó tocarla cuando por fin me decidí, quería hacerla venir con los dedos y no jugar con fuego. Reclamó pronto, me dijo: ¡Quiero me que veas desnuda, papito! ¡No quiero tus dedos, quiero tu pito aquí!, indicó, otra vez –maliciosamente risueña–, su coñito fresco ardía. Notaba su clítoris y terminé por ponerme un condón y penetrarla sin más. Me sentía insensible pero ella estaba decidida y me montó. Le dolió. Dijo: La tienes muy grande y me duele. Fui cuidadoso y, ella boca arriba, me recibió. Empiné su cuerpo menudo y blanco y la penetré. No llegué a más. Seguro no fue suficiente, pero estaba yo hecho pedazos y era la fantasía de ella. Yo no pensaba, y si lo hubiera podido hacer, seguro tendría la ilusión de estar en otro lado. Pero ese otro lado no existía. Pero ese otro lado volteaba para ver la corbata de un pasajero que en esos días era quien la invitaba a cenar, como diría ella, era con quien salía. Era mucho más de lo que podía echar

yo. Le avisé que me venía y dejé toda mi fuerza en esa eyaculación etílica. Caí rendido en segundos.

Me despertó a las ocho de la mañana. Jugaba, se reía de mí y yo sentía que una aplanadora había pasado encima. Ni siquiera formulaba la idea de que estuviese ya despierta. Buscaba sus braguitas. Busqué mis calzoncillos. Me acarició un rato pero ya se iba.

Yo no quería saber más. La ventana desierta seguía allí. La noche había sido una montaña rusa en la que creo que soñé que bailaba con la marrana blanca. La encaminé a la calle y supe que quizá, cuando ella gemía hacía unas horas, los demás que dormían en las otras camas, se habían enterado. Todo era un pinche sueño revuelto.

No se dijo más.

Un par de amigos y yo pasamos al mercado a comer algo y estuvimos largo rato aplastados en un cafetín de la zona. Mi amiga la cantante y su novio habían vaciado las botellas que había en la casa y no despertaron sino como hasta las cinco de la tarde del día siguiente.

Tras las gafas de sol, intentando no pensar lo violento de la noche, cruzaba las manos y sentía el sol pulverizándome las ideas. No. Me repetía. Todo fue un largo sueño de decadencia. Soñaba que lo había soñado y renunciaba a pensar que, más allá de que yo hubiera hecho algo, viviría bajo la sensación de que me había tirado a una muchachita.

Algunos días después recibí un correo. Otra docena de fotos provocativas. Me decía la pecosita, a diferencia de la primera ocasión que había enviado fotos en ropa interior para desearme feliz cumpleaños al estilo Marilyn y Kennedy: ¡Gracias! La noche me la llevo, *Encanto*.



## Epistolariomaniaco

*Te lo habrán dicho ya: que nadie muere  
de ausencia, que se olvida, que un lamento  
se repara con otro, y es el viento  
o la raya en el agua que se hiere.  
Así fue; te tuviste y me dejaste;  
nada me quedará: te he recibido  
no más que para verte y despedirme.*

RUBÉN BONIFAZ NUÑO

*Ahora, ¡Dios mío!, ya no hay princesa que esperar*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Al despedirme lo supe. En mis ojos negros y grandes puso la tristeza todos sus signos. Demasiado bonito para que durara, ya se sabe que con los espíritus singulares no hay garantía, no soportan tanto amor, tanta perfección encontrada por casualidad. Enceguecido saboreaba con la mente estampas de horas, de años atrás, casi ancestrales. Todavía minutos antes, mientras conducía su Polo

rojo rumbo a la central camionera, reíamos los chistes de un programa de radio que estelariza Sergio Zurita. Otro Sergio, éste, Goyri: era su víctima. Disimulé una risa, nerviosa, más una mueca que otra cosa, un fúnebre desmadejamiento. Era un Orfeo a punto de perder a su Euridice y no resistí.

Preferí recordar cómo ella –es decir, la que había sido ella a los catorce o quince años– se acercó al jovencito de sotana parado a la entrada de la catedral en el centro de Irapuato; aquella mañana de domingo iba acompañada de su madre. Buscaba a Erasmo, nuestro compañero de grupo en la secundaria. Él le había dicho que la esperaría en el santuario. Pero Erasmo dejó el seminario precisamente ese domingo, quizá desde el viernes anterior. Lo supe unos días después, sólo eso. Sus razones nunca me las dijo. Como no lo encontraron, decidieron caminar unas cuadras más hasta la catedral. Ahí las vi, acercándose. No recuerdo cómo iban vestidas. Pero sí recuerdo mi respiración entrecortada y el sudor frío, los nervios que me produjo su aparición. Era un adolescente de quince años vestido medievalmente, abrazado a un canasto de limosnas. Me peinaba de raya en medio, embadurnaba el cabello con gel, tenía la nariz crecida, desproporcionada y, ostentaba, sin poder ocultarlas, muestras del encierro en las mejillas; aún no me rasuraba por primera vez, un bozo chocomilero se podía percibir en mi cara. Se notaba que comía bolillo todas las mañanas y, también, esos modos de chico jugando a ser alguien decente. Había cambiado desde que ella me había dejado de ver. Ya no usaba el cabello largo y despeinado, los zapatos sin lustrar. En lugar del uniforme de pantalón gris y chaleco azul de la escuela secundaria, se adivinaba un pantalón de lino y una camisa blanca totalmente

abotonada debajo de la sotana, también un chaleco de tonos sobrios. Así lo habían pautado los formadores al enviarnos a las parroquias. Parecía un monaguillo, inspiraba algo de ternura, como una imagen de película vieja. Ellas, parecían haber salido de alguna acuarela costumbrista. El sol hacía brillar los rubios cabellos de las dos. Ella, tenis, su madre, mocasines; las dos, ojos verdes que presumían con una sonrisa cortés. Llevaban suéter, supongo. Caminaban del brazo.

Las reconocí y acusé ese pudor que me viene de la infancia. Me invadía al exponer mi mejilla derecha para ser saludado por las amigas de mi madre en esas reuniones con aire de festines ochenteros donde había la costumbre de reunirse en casa de alguna de las señoras para *celebrarse*, ya fuera día de algún cumpleaños o debido al santo que daba origen a tan siniestros o impronunciabiles nombres de señoras copetonas. Esas tardes de té canasta con platillo de botanas en la mesa de centro solían suscitar una rara forma de tortura para mí. Llegaba a olvidarme de eso cuando me dejaban solo frente a las bandejas hondas al tope de aceitunas. Las consumía hasta dejar todos los huesitos sobre una servilleta. Así supe de mi inclinación hacia los sabores amargos. No atino a quién o a qué asignar la culpa de esta sensación de sentirme siempre mugroso, o sucio, o digno de asco como para besar las mejillas de otros. Podría ser un complejo de Edipo no resuelto, hipersensibilidad al maquillaje de las cuarentonas de esos tiempos. Pero era una sensación de apeestado. La cargo aún ahora, herencia de esa infancia inexplicable. No sé si era un trauma cuyo origen podría encontrar en algún hecho preciso o sólo era la culpa cristiana llevada al cuerpo. No lo sé, no sé si lo llegaré a saber, pero la manifestación extraña de

mis manías me puso siempre algo nervioso cuando debía presentarme, saludar o conversar con otras personas. Significaba un problema más allá de la timidez. Ramón sufría de eso mismo o algo parecido. El único conocido con quien comparto excentricidades como ésa es él. No sé si era la misma, sólo lo recuerdo, en alguna reunión universitaria, pidiendo no saludar de beso. Nunca pregunté nada, pero me sentí identificado. Al menos no era exclusivo tener manías secretas. No eran únicas, a pesar de todo. Un tiempo me lo parecieron, pero no. Luego de años de sufrirlo, me tranquilizó un poco. Quizá por eso tengo en tan alta estima a Ramón, con quien tomé un curso sobre interpretación literaria. Comencé por fin a minimizar mis otras obsesiones y guardarlas debajo de la cama, en la mudez más discreta. Un extraño efecto me daba la certeza de haber crecido, me orillaba a saludar casi formalmente a todos a pesar de aquellas reservas ocultas. Intentaba superar mi vergüenza. Veía a la gente civilizada, todos se presentaban de esa manera. Debía ser natural y me dio por imitarlo. Pero el nerviosismo no me abandonaba.

Haberla visto esa mañana en tierra adentro frente a la catedral de la ciudad de mis padres no fue ningún choque de trenes. Sólo una estampa digna de la plaza colmada de palomas mientras el sol hacía que ardiera la cara. Se acercaron y las saludé de beso. Ni siquiera recuerdo lo que pudimos decir. Tan poco me decía su presencia esa mañana, que eché en el olvido ese recuerdo por largo tiempo. Transcurrieron los años de la preparatoria. Creía en mi vocación por el celibato y en favor de los menesterosos. Me dedicaría a confesar pecadores, a visitar enfermos y a ser el orgullo de mi abuela. Entre sus cincuenta y tres nietos habría un sacerdote; no su-



cedió así. Salí del seminario y no conservé los trajes de domingo ni el peinado. Ahora usaba un corte diferente y salía a la calle con jeans, camisetas y tenis. Pasé un año sin universidad. Trabajé para un ingeniero caprichoso y dependiente, luego para un Telepizza. Ese negocio quebraría meses después de dejarlo para ser bibliotecario en un centro juvenil donde quedé prendado de una Mariana, aunque ella nunca lo supo. Parecía muñeca y, bien pensado, era mejor así. Me inspiraba piropos dignos. Nunca le dije alguno. Su sola presencia me ponía los pies de trapo. Se acercaba junto con su amiga a preguntar por cualquier cosa mientras yo leía a García Márquez o acomodaba algún diccionario en los estantes amarillos de aquel templo del saber. Al principio me sentía culpable debido a esas palpitaciones. Supe que no era el único al que le sucedían estas cosas cuando leí “La mujer que no” o “La vela perpetua”. Aprendí, otra vez, que no era exclusivo lo que sentía íntimamente. Me carcajeaba ante las peripecias de los protagonistas. Sufrían, como yo, por alguna mujer, como en este adiós.

Nos volvimos a encontrar por casualidad o porque ella quiso que fuera de esa forma. Bebimos. Dijimos: La vida se está yendo tan rápido. Nada más. Yo salía de una deliberación en el edificio Ashland de la universidad donde había estudiado años atrás, nos invitaron a cenar y ahí estaba ella, tras un martini, quizá todavía ofuscada por lo que pensaba hacer: raptarme y meterme a su vida para luego sacarme. Pero ella no se imaginaba esto. Cambiamos de bar. Cayó una ligera lluvia que nos orilló a permanecer hasta el tercer tequila de ella, mi tercer o cuarto ron. Compramos más cerveza y seguimos charlando. Se sentía valiente y me contó la vida de su abuela y de su madre y cómo ella había terminado

en donde estaba, cómo sentía miedo de estar sola, pero tenía más miedo a estar mal acompañada. Noté el lugar común pero permanecí en silencio. Me miró maliciosamente. Pagamos, coqueteó con el mesero. Condujo hasta su casa. Todavía estuvimos en el desayunador de su cocina unos minutos. No recuerdo cómo comenzamos a besarnos. No me lo esperaba. Anunció su desnudez y quedé deslumbrado. Me jaló a la cama. Habían pasado varios años. Los reconocí en lo largo de sus piernas enteras y fuertes, en el torso de mujer y el gesto soñoliento inolvidable para mí. Y sí, cogimos largamente hasta que caímos de sueño sin darnos cuenta. Menos embravecido que tierno penetré con cuidado. Me supe en un sueño o en un baile a esas horas de la madrugada. Se arremolinó en mi cuerpo. Me puso boca arriba, me montó. Primero con calma. Puso sus manos en mi pecho, tenía barniz palo de rosa en las uñas, como el color de sus pezones pequeños. Los fui alcanzando conforme ella se olvidaba de mi pecho por gemir, excitada. La historia se recorre en la noche, con esa manera de hacer comedia con los cuerpos. Habían pasado varios años y cuando tuve frente a mí su cuerpo empinado, embestí firme. Erecto como atlante, incrédulo como epígono tomasiano, en lugar de recitar versos de Segovia, magreé, curioseé sin prisa. Me detuve en sus auerolas imperceptibles en la oscuridad. Lamí largo rato porque parecía gustarle. No dejaba de tantear sutilmente todas las partes de su cuerpo. Podía alcanzar sus muslos y los apretujaba. Podía sentir sus chamorros y hasta los tobillos. Encontré su vientre largo con el ombligo pequeño, blanco. Posé mi mano alargándola hasta el pubis casi rubio. Besé y aspiré como en película romántica. Luego dejé de ser tan tierno y, embravecido, me perdí en su vulva mojadísima. Estuvimos juntos y

nos conocimos bíblicamente. Descubrí mi debilidad por las rubias sin sostén, con labios de capullo y, sobre todo, fantasmales. Apreté con las piernas su cadera y fue uno de los últimos gestos que dijeron algo. Repasé su cuerpo casi blanco, como si se tratara de que mis huellas digitales memorizaran las curvas, y las comisuras, y los brazos, y las manos, y el rostro. Manoseé y la miré. Pero quizá no debí encontrarme con esos ojos como el color de las hojas porque quedé petrificado. Sabía que, como sucede a quien descubre un tesoro oculto, perdería un poco la razón, azogado.

Nos despedimos con un lo pasé muy bien y me dejó en una terminal de camiones. En otros viajes había pasado por ahí. Solía pensar en ella, pero esto no lo sabía ni yo. Intuía, sin embargo, que debía irme en cuanto amaneciera.

En nuestro adiós, había de mi parte una tristeza anticipada. En mis recuerdos ella estaría recargada, con los codos encima del mostrador de la caja de cobros y una pierna al aire, como colegiala en la portada de alguna revista. Habíamos ido a hacer un pago de un diplomado que tomaba en la escuela donde estudió la universidad, como para matar el tiempo. Pude imaginarla, a sus veintidós o veintitrés años, de la mano con su novio. Me había contado que lo puso a dieta sin saber que se dejarían cuando él tuvo figura humana, por decirlo de algún modo. Nadie sabe para quién trabaja, respondí cuando me decía eso. Aunque no sería la causa de su separación. Antes de saberlo todo liquidado, él había repartido esas frases lapidarias como, yo quiero a alguien más joven porque cuando tengas hijos, tú estarás muy vieja. Terminarían como amigos, según me contó. Eran muy jóvenes y a esa edad se dicen pendejadas. Las rela-

ciones se acaban cuando uno crece. Por lo que decía ella, él no maduró, aunque de cualquier forma ese noviazgo terminó porque ella no quería convertirse en la madre de la casa. No quería llevar a lavar la ropa como si él no pudiera llevarla a la lavandería. No quería volver del trabajo y encontrarlo superando sus propios récords en los juegos de video. No quería ya buscarle empleos que luego él rechazaría. No quería escucharlo decir: No es el tiempo de dejar la escuela. Intuía la vuelta del muchacho al negocio de sus padres. Pero había decidido no ir con él. Sin embargo, y esto lo supe después, como dice el poema, no se podría enamorar una segunda vez, al menos no de mí: “Pero –de sobra lo sabemos– sólo una vez se ama en la vida. Volver a amar, es evocar el amor que colmó la dicha”.

Escondí la mirada tras unas gafas de sol. Me avergonzaban un poco mis ojeras vehementes y casi violentas. Me sentía extático, incrédulo y extraviado. Esta ocasión se había vestido con una blusa roja que resaltaba su espalda breve y una falda de mezclilla, larga, acentuaba sus caderas. Me miraba. Hacía un gesto de hastío. En ese momento quise creer que se trataba del sopor de la cruda o la ensoñación de estar conmigo, pero es muy posible que no fuera nada de eso y sólo fuera arrepentimiento y ganas de desaparecer. Y tenía razón. Apenas me conocía y era más bien una suerte de recuerdo y ahora me había metido en su cama.

Pero ella pensaba en alguien más. Aún esperaba a alguien que había desaparecido sin explicación. No dijo mucho, pero parecía enamorada de él. Agregó poco más, pero pude imaginarlo. Al estar juntos, fue clara conmigo. Esto era una linda historia para contarnos, pero nada más. Él no la había dejado, sólo le había partido el corazón

sin saberlo. Ella hacía antesala. Había decidido guardar la esperanza como se espera a alguien en el café y no llega. Hasta que el mesero avisa que es hora de cerrar. Sentía que era demasiado temprano para irse. Yo había llegado tarde. Debía irme.

La vi comer. Llamó a alguien. Conducía casi dormida. Se quería deshacer de mí y yo no lo veía o no me quería enterar. Unas horas antes yo había notado que miraba al techo de su alcoba, como preguntándose en dónde y con quién estaba. Reparó en su costado izquierdo, recelosa. Encontró con la mano el fin de mi espalda, la de otro cuerpo. Quise pensar que supo que era más que una noche de irresponsable valentía para saldar cuentas pendientes con el destino. Pero quizá no y sólo es un relato cursi porque, en todo caso, quien estaba interesado en aquello era yo. Tenía su vida acomodada. Era yo un intruso, un invasor.

A las casualidades les atribuí algo de mágico tontamente. Primero, como una broma, como un chisme lejano. Uno de mis compañeros había sido su vecino. La casa de la madre de Daniel era la de enfrente de la paletería en la que pasaba los días y las tardes su papá. Luego, cuando hubo una celebración, no recuerdo por qué, o si lo recuerdo no viene a cuento especificar algo más allá de habérmela encontrado en ese lugar con aspecto candoroso y alegre. Me cimbró. Seguramente porque vivía yo el segundo año de cautiverio, quizá porque mi mirada sobre las muchachas ya era diferente. Me di cuenta en esa ocasión: me sabía su dirección postal por no sé qué motivos. Podía repetir su teléfono de memoria. Sabía el día de su cumpleaños.

Recuerdo haberla llamado alguna vez, le escribí una carta también. No imagino ni siquiera lo escrito en esa

cartita que ya atisbaba mi tendencia a ser un epistolariomaniaco. Ella me respondió con tinta azul cielo, con letra de niña mimada y caprichosa, descuidada. Guardo esa carta junto a mis exámenes de latín de esa época, también debe haber en esa caja negra, bodega del tiempo, algunas fotos de antes de las cicatrices consecuencia del acné.

La memoria casi descontinuada cobró vida. Vinieron esos años de la falda con tablones, los permisos restringidos de la secundaria; en esa época yo prefería los deportes, los albures y me aficionaba a perder el tiempo en algún rincón establecido como guarida para los hijos de padres trabajadores. No teníamos por qué llegar tan pronto a la casa y la comida no se servía antes de las tres. Ella no aparecía, pero en las fotos sí. Aparecieron borrosamente algunos chispazos. Éramos muy universitarios ya –ella prohibida, yo también–, nos la pasamos huyendo uno del otro. Ella nos veía como extraños. Apunto esto para darle cierto misticismo a historias banales importantes solamente para quien las rememora. El espectáculo famoso de esa ocasión lo constituyen los gemidos indiscretos y reprimidos de una muchacha culichi que estaba de visita cuando nosotros llegamos a ese departamento. En un sillón rústico azul que llegué a ver alguna otra vez ya muy destartado trataba de ser cautelosa. Escondía su desnudez debajo del cuerpo, también sin ropa, de uno de mis amigos que había terminado en calzones azul cielo después de jugar a la botella. También se escuchaba en los pasillos el escándalo. Una pareja se traía discusiones necias sobre el pasado y lo no sucedido. Además estaban dos amigos de mi prohibición de esa noche, ella. No los recuerdo o sólo vagamente. Tenían actitud de cancerberos. Jugaban con nosotros más bien recelosos. Se fueron en

algún momento. No nos conocían. Tampoco imaginaban desde cuándo éramos amigos o compañeros o cualquiera que fuera nuestro parentesco.

Esa noche yo dormí con ella, con la espada del rey en medio de nosotros. Yo tan Tristán, ella tan Isolda. Dormí, o al menos eso intenté. Estaba muy nervioso porque me había puesto tenso después de que ella jaló mi brazo para pasarlo por encima del de ella hasta abrazarla. Pero sólo eso. Pasaron algunos años y no supe nada más. Continuamos la vida universitaria. Faltaba mucho y era pronto para dejar de fascinarse.

Recorro aquella noche. Me descubro haciéndolo solo en algún parque mientras fumo el primer cigarrillo de la mañana, nunca en ayunas, ya no. Coqueteo con mis deseos. Acepto el rechazo. Sólo flirteo con los recuerdos de haber mirado ese culo de campeonato. Me resigno. Cada vez que conozco a alguien con su nombre sólo digo lo aficionado que soy no a ella sino al nombre. Nunca doy explicaciones. Soy un mirón. Es la forma de evitar destruir lo mirado. Escribo aquella noche. Lo hago preguntándome cuál fotografía corresponde a este recuerdo, sólo porque sentí el cosquilleo del protagonismo histórico, quizá porque guardo la esperanza de llegar un día, a no se cuál lugar, en no sé qué hora y decir sí, yo soy el hombre por el que preguntas.

Quizá porque la literatura, creo, es una desesperada carta de amor.





# Anacentrista

*A la gloriosa legión de los anacentristas extintos*

*Todo artista que se respete y que aspire con seriedad  
a la gloria, tiene la obligación de forjar  
en torno de su vida una leyenda.*

RAFAEL CABRERA

AP debió buscar otra generación. Frente a la angustia de que los sueños se desintegren ante nuestros ojos nada se puede hacer. Pero a veces se aspira al anhelo de sostener ese qué antes del futuro. Un momento cuando todo parecía estar bien. Poco sabemos de los que se quedan, aquéllos que luchan como el salmón por mantener intacto el mundo antes del futuro. Yo huí. Pero hubo un momento donde todavía estábamos. Pareciera que hablo de una historia de hace muchos años, como borrosa, cuyo marco parece haber sido consumido por las polillas. Me veo recogiendo pedazos de una ventana rota y ahora sé que no había nada del otro lado; el vidrio sólo contenía la realidad o nos impedía acceder a ella, no

lo sé. Los pedazos esparcidos dan la impresión de que nunca hubo algo sólido, parecen haber sido fragmentos desde siempre. Además, todo parece haberse roto desde el origen.

Antes de vérselo solo y abandonado o invitando tragos a las mujeres que se acercaban a él alguna noche de suerte pero generalmente solo, se sabe que el anacentrista tuvo grupos selectos, era the *King of the Hill*, sobre todo de aquellos que incluyeran posibles musas. Inscribió un taller literario en los servicios sociales de la universidad y esto último representaba una inmejorable opción para obtener la firma de esa obligación cívica sin hacer esfuerzo. Se inscribieron estudiantes de la facultad, la mayoría –como era el objetivo– mujeres, y algunos hombres que creían lo mismo que AP: ahí podrían conocer alguna chica para pasar las tristes tardes de orfandad universitaria de aquel sitio que ahora veo con cierta modorra.

Se sospecha que en ese taller literario AP conoció a AJ, también a las que dedicaría versos. El anacentrista solía relatar que de esa ocasión cortejó a dos, quizá a tres participantes. Las descartó pronto: era muy exigente. Parecía estar esperando algo más literario siempre. A una no la volvió a considerar su musa cuando en un cafetín del centro, ya instalados, ella pidió un *capuccino* de sabor en lugar de exprés o, al menos, un americano sin azúcar como él pensaba que debía pasar con las chicas interesantes. En la primera cita supo que ésta, como las mujeres que no sabían volar, no le importaba. Desechó a otra porque usaba huaraches, porque pudo ver que tenía pies feos. Le parecía una muestra de escaso gusto, o peor, de megalomanía frente al espejo y, para soberbios, con él bastaba. La tercera, él no lo ha querido aceptar, pero es muy probable que ella haya sido quien

decidió rechazarlo por delgado y calvo en ciernes, por cursi y porque no pagaba las cuentas. Es comprensible esto último. Eran estudiantes y la vida de estudiante es miserable, como todas las vidas, pero en ésta no había dinero ni para propinas ni para cafés, a veces ni para comer bien. Resultaba normal que lo abandonara. Si la muchacha no toleraba lo cursi tampoco le importaría que los calvos han merecido panegíricos abundantes que los sitúan como inteligentes y lúcidos, también exitosos, aunque con él no era garantía nada de eso.

El anacentrista era un grafómano. Se le observaba escribiendo sobre alguna libreta. Lo hacía todo el tiempo. En las cantinas, en los cafés, en las plazas. Siempre afanoso. Cuando tomaba descansos levantaba la cabeza como si tuviera la vida resuelta y daba caladas a un Camel. No distingo qué me incluyó entre sus invitados. No recuerdo si me invitó o me colé por una coincidencia inexplicable. Quizá me esté refiriendo a esa única vez a la que asistí. Se llevaba a cabo en un lugar que ahora ya no existe o se convirtió en alguna pizzería o en tienda de recuerdos. Se reunía con los otros participantes y yo estaba ahí esa noche, al lado de una muchachita de pies feos y ojos claros que leía como niña mimada y que siempre me recuerda, con sólo traerla a la mente, dos cosas: a la esposa de un amigo, sospecho que por los gestos medio apasguatados y esa manera en que se joroban para caminar abrazando unos libros, como si les pesara no sé qué de la vida; su manera de arrastrar las palabras al hablar y su tono chillón que posiblemente es fruto de una infancia en la que fueron el centro de atención, algo que no comprendo porque nunca lo fui. Era yo el segundo de cuatro hijos y me tocaban los mandados como una asignación vitalicia. La segunda: que amanecí

un par de veces en la casa de esa muchacha pero porque compartía la renta con más gente, sin embargo, esa es otra historia.

El anacentrista me presentó. Fuimos interrumpidos por un tipo de cabello largo que vino a incomodar al director de aquel taller. Rompía con el orden, nos quiso decir cómo era la esencia de la poesía a través de metáforas a partir de la copa de vino tinto que traía en la mano derecha. El anacentrista creía que era el único potentado para ser nuestro mentor. Acosta, el espontáneo, presumía una borrachera impertinente y decía cosas sobre temas filosóficos, sobre el lenguaje. Dudo que supiera muy bien lo que decía. Esperábamos a que se fuera pero no se iba, cada vez se acercaba más al grupo y se sentía la exasperación de todos, lo veían como se les ve a los mendigos que piden limosna cuando se está en algún restaurante al aire libre. Los participantes sentían cierto pudor al verse intimidados, al notar que era algo más bien de ñoños eso del taller, pero tampoco olvidaban por qué asistían y era una manera fácil de salir de ese compromiso con la universidad.

Volvería a ese lugar un par de veces más antes de que desapareciera o se convirtiera en otra cosa. Nunca con AP. Fui con Zafra y con Víctor, una suerte de *dandy* de estos tiempos que, cuentan, vivía de una herencia. Él tenía un gato llamado Figaro que se la pasaba deprimido todo el tiempo y exigía los mimos de su dueño. También vivía con una muchacha de nombre extraño y piel brillante que luego yo me encontraría en la estación Etiopía en el D.F. entre empujones y saludos interrumpidos. Ella lo había dejado meses atrás y sobrevivió a sus acosos gracias a una orden de restricción que tramitó luego de apoteósicos dramas que escenificaron en Guanajuato,

después de la depresión fulminante del gato, y de su dueño, después de que ella, con los ojos arenosos de rabia, le reprochara que a una novia no se le decían cosas como las que él acostumbraba. La noté contenta e integrada a la ciudad. Ella, creo, era de Cancún, su madre era publicista y su intención era terminar letras clásicas en la UNAM. Ya vivía con alguien más. De ella no volví a saber nada. De él, en cambio, supe que se le murió Figaro, el gato, luego de no resistir las varias intervenciones quirúrgicas. Se hizo de otro, se mudó al D.F. y se integró a movimientos bolivarianos. Solía tener problemas con quienes compartió la renta del apartamento, como los que se suelen tener, pero más graves, también con las novias. Esto lo supimos porque nos lo contó una de las primeras ocasiones que salimos juntos como anacentristas. No sé si fue en ese bar legendario ya muy noche o en una barra de café a la que asistimos antes de emborracharnos para platicar, y para que AP nos mostrara el manifiesto de nuestro movimiento y algo de lo que escribía. Nos dijo que en Xalapa él tuvo una novia que se dedicaba a la danza contemporánea pero que ya no la tenía, que llegó a Guanajuato por dos razones: precisamente porque no podía estar con su ahora exnovia, lo podían meter a la cárcel; también, porque lo habían corrido de la universidad luego de tener conflictos irreconciliables con un maestro al que él llamaba una de las vacas sagradas de allá. Llegó para tomar clases en calidad de oyente en nuestra facultad mientras lo aceptaban como alumno formal. Nos sondeaba y quería saber qué hacíamos. Se quejaba de nosotros. Nos decía que le resultábamos muy provincianos y algo ignorantes o, por lo menos, atrasados. Intentábamos defendernos pero no resultaba nada. Él venía de otro lado y eso, si

se piensa en Guanajuato, ya es mucho, también, era mayor que nosotros. Aunque, con el tiempo descubrimos que la belleza siempre triunfa –provinciana o no– ante la moda.

En el D. F. vivía por Taxqueña; alguna vez dormimos en su apartamento Gina y yo. Cuando he pasado por ahí en algún taxi o en el Metro me pregunto dónde estaba ese departamento donde los platos y los vasos formaban una pirámide como de acto de magia y equilibrio en el fregadero. Le habíamos pedido asilo y dormiríamos repartidos en un cuarto muy pequeño cuando Gina me invitó a algún concierto o decidimos pasear persiguiendo los pasos de los detectives salvajes, ya no lo recuerdo. Conservo algunas fotos de ese viaje. Ahora, Gina no me dirige la palabra. No sé nada de ella y no responde mis correos desde hace dos años. De nuestro conflicto sólo intuyo un porqué pero eso no es más que especulación, pues ni eso quiso decirme cuando decidió alejarse. Nos distanciamos como suele suceder que se deja gente que alguna vez fue tan cercana, como se enfrían las relaciones cuando llega un momento en el que no se quiere estar con el otro para nada. Parecería inexplicable pero conforme pasa el tiempo ya no resulta tan sorpresivo. No hay ninguna foto en la que estemos Gina y yo juntos, al menos no de ese viaje, aunque puede haber de otros momentos. Solía esconderse. Parece que en ese tiempo yo tenía la consigna de aparecer solo y ella también. Hay fotos en las que yo aparezco sonriendo en el café La Habana o que comparto una mesa con Víctor en un Mc Donald's al que entramos para que ella fuera al WC. Me vi con Zafra hace poco tiempo y me platicó que Víctor debió mudarse a San Luis; le redujeron la mesada y no era suficiente para vivir en la gran ciudad sin trabajar.

Dijo también que había dejado una novia a la que Zafra atribuía que ya no se vieran tanto como antes. Subrayó, siempre, que lo extrañaba. De Gina, como he dicho, sé muy poco. Acaso llegué a leer algunas reseñas de conciertos que todavía hace. Pero nada más.

Con AP nunca volví a ese lugar en el que esa noche recogió los textos que le llevaban los escritores en ciernes dirigidos por él. Recuerdo dos. El primero lo presentó una jovencita que un tiempo después –quizá fruto de esa noche, de ese taller– se convertiría en la novia de AJ, otro anacentrista, también poco calvo a la postre, pero, en aquellos primeros encuentros, con el cabello largo y despeinado. Como era de esperarse, AP también llegó a cortejar a la misma ojiverde. En aquel momento no me pareció fea y tampoco tan insufrible como un tiempo después. Tenía algo de aniñada pero sus moldes de colegiala cumplida sobresalían menos que su voz aguda con la que comentaba cosas, segura de lo que decía. Aunque esa noche no me crispó tanto, en otras oportunidades yo me mostraría intolerante. Por suerte, pocas tuve que soplarle su tono de maestra de preescolar. Esa noche le dije un cumplido, ya no lo recuerdo. El mentor me había cedido la palabra como símbolo de bienvenida y debí comentar las participaciones de ella y el otro texto que había leído un tipo al que apodaban con un sobrenombre que hacía pensar en un koala o en algún oso de peluche. La memoria es engañosa pero AJ no estaba; de haber estado, la impresión de conocerlo no dejaría lugar a dudas y me hubiera incitado a su descripción a partir de esa noche iniciática.

Su aspecto era de extranjero, libanés si no estoy equivocado, y manifestaba su tedio juvenil de manera vehemente; nuestro Rimbaud, a la Ibargüengoitia. Era

fácil notarlo y las mujeres lo hacían. No se podía olvidar que, durante un tiempo, recibió correspondencia electrónica, más bien ardiente. Era el destinatario de una admiradora que se prendó de él en algún congreso de estudiantes de literatura. Yo supe esto y también lo que decían estas largas cartas virtuales porque llegaban a mi bandeja de entrada debido a una equivocación que se aclaró tiempo después. No es que yo haya sido un indiscreto y leyera correspondencia ajena, eso no. Al principio las leía porque la chica me las escribía a mí. Es decir, a mi nombre, pero luego fui descubriendo que las escribía para un aquel cuyo nombre era el mío pero que en realidad era AJ. Por eso las leía, también por eso me quedaba sorprendido al notar lo cursis y emotivas y entusiastas. Me quedó claro que no era a mí a quien le escribía la escritora de cartas cuando comenzó a describir a aquel chico al que no podía olvidar. Se ponía galdosiana y lo describía cuartillas enteras. Cito de memoria: tu mirada era como la mirada de los pájaros nocturnos, intensa, luminosa y más siniestra por el contraste oscuro de tus grandes cejas, por la elasticidad y sutileza de tus párpados sombríos. Hacía mención de su piel amarilla y de un lunar en alguna parte especial o secreta o digna de canción; destacaba su personalidad, su sarcasmo, su atrevimiento, pues parecía que sus ojos iluminaban lo que veían, y esa mirada anunciaba la vitalidad de su espíritu, sostenido a pesar del deterioro del cuerpo porque alcanzaba a notar cómo ese anacentrista se jorobaba un poco y fumaba vertiginosamente. Confesaba cuánto la había hecho mojar las bragas cuando él, en alguna discusión, debatía convencido, destacaba los aspavientos hechos con sus manos flacas, con los dedos que parecían, por angulosos y puntiagudos, garras de pájaro rapaz que la



calentaron súbitamente. Contaba la muchacha cómo no podía dejar de morderse los labios al verlo así de intenso en cierta junta con otros delegados de las universidades asistentes; normalmente los médicos eran los que la ponían cachonda, pero esta vez no había podido evitarlo y por eso, aunque le apenaba un poco parecer tan atrevida, no le importaba. Aquella estampa había sido como para soñar con él y sentir deseos, muchos, y soñar que le quitaban la ropa violentamente, tanto como cuando él se apasionaba por los temas de la discusión de aquella tarde donde, después de eso, todos nos fuimos a la fiesta que conmemoraba la clausura de ese congreso. Los anacentristas se divirtieron esa noche. Habíamos estado en la casa de un tipo al que apodaban el *Huevo*.

Ella se había enculado y pedía que la desbaratara, que la hiciera ver las estrellas, también, había copiado la dirección electrónica equivocada. Nosotros éramos tres y parece que habíamos anotado los correos en desorden por lo que, al robarse la hoja de asistentes, transcribió la dirección que correspondía al orden de nuestro acomodo en la mesa. Desde el principio me di cuenta de que había un malentendido. Sabía que aquella muchacha, a la que yo no recordaba, no me escribía a mí. Supe que no era yo cuando ella poetizaba descripciones sobre AJ. Debí informarle la equivocación; yo no era a quien ella quería encontrar como destinatario. Le escribí un mensaje formal o eso fue lo que intenté. Le dije: Quizá a quien buscas es a otro y seguramente ni siquiera te acuerdas de mí, como yo tampoco tengo idea de quién era ella. Le aclaraba cuánto me alegraba que surgieran cosas lindas de esos encuentros, sentía mucho lo de su pierna fracturada (de eso tuve conocimiento porque ella se describía como la muchacha de la pierna enyesada y

abundaba sobre su mejoría en las cartas). Yo pensé que ahí terminaría todo y, ya que ahora tenía la dirección correcta y la seguridad de estar escribiéndole al chico que tenía en mente, no pasaría de haber sido un momento chusco. Pero no. No sucedió así. Mi respuesta provocó que una madrugada yo recibiera una invitación para conversar. Me dedicaba a escribir un trabajo final para no sé qué materia, creo que era algo sobre Juan Goytisolo, o quizá algo más ininteligible, sobre Robbe Grillet o Carlos Fuentes. Acepté su solicitud y charlamos. Me volqué en la conversación más porque necesitaba verbalizar que porque supiera con quién hablaba.

Debí suponerlo, si se había atrevido a enviar esos mensajes que yo recibí casualmente podía pasar lo que fuera. Esa noche quedamos en mantener el contacto.

No sería la única estudiante cautivada por AJ. De esa ocasión se puede recordar su paseo con una chica blanca, pecosa y sonriente, de la mano, por todo el campus universitario en donde se celebró el congreso. Luego sabríamos por un rumor nunca confirmado que el resultado de ese idilio estudiantil fueron saldos negativos. La unión no prosperó y los besos habían resultado mero producto de la ocasión. Una cadena de rechazos. La chica había sido un poco impulsiva y con esos arranques decidió buscar al anacentrista en una temporada vacacional. Sin avisarle antes, viajó para buscarlo y darle una sorpresa. No se imaginaba que AJ no podría verla ni para tomar una café o algo. Se escondería y entonces ella regresaría de sus vacaciones con el corazón un poco apretado y sin más besos. Supe luego por una casualidad del destino de la mudanza de esta chica a Estados Unidos, no sé a qué ciudad. Pude ver algunas fotografías de ella tan sonriente como la podríamos recordar todos y,

al parecer, muy feliz. Tiene una mascota a la que le hace fotos frecuentemente porque le encanta ver su manera de dormir. Su talento visible era el de meterse el brazo entero a la boca a la menor provocación. Era como esa escena en *Titanic* en el que Rose reta a los juerguistas haciendo un movimiento de *ballet*.

A los anacentristas los perseguía el rechazo, también. Escenificaban sin saberlo la poética anacentrista. AP era necio. Sabíamos todos una historia emborronada por empalmes de novelista que el poeta anacentrista nos contaba de vez en cuando siempre que se le hubieran subido las cervezas a la cabeza y la música no estuviera tan alto en algún bar o en alguna casa donde pudiéramos seguir bebiendo.

En la preparatoria él había escrito una carta anónima a la que no pudo ser nunca el amor de su vida. Cuando ella había preguntado de quién sospechaba, él se puso nervioso y la atribuyó a un amigo en común, aunque lo que la carta decía era la transcripción de una letra de Nirvana traducida por AP. La musa, por lo menos en aquel momento, no se enteró del enamoramiento del anacentrista que todavía no era anacentrista sino un chico que gustaba de jugar fútbol y coleccionar discos de música de aquellos tiempos. No sabemos si ya escribía pero parece que no porque su intención no era estudiar letras sino ingeniería. La muchacha se llama Ana o Anilú o Lulú. Escuchamos que después de la carta y de culpar a algún sospechoso de esa declaración de amor ella terminaría siendo novia del sospechoso al que él delató y nunca pudo aclararle que él era el autor de la carta. Él intentaría confesárselo unos años después, cuando ya había leído *Rayuela* y deseaba buscar a su Maga, que para él era Ana o Lulú; nunca se aclaró. Prefería Ana porque pensar

en Lulú remitía a la novela de Almudena Grandes y Ana era más bien algo ideal, y no tan española sino argentina o uruguaya por eso de estar fincada en Cortázar. En todo caso, si lo pensamos bien, nuestro poeta pensaba bajo el afrancesamiento del boom latinoamericano que leía vorazmente como modelo. Viajó a Xalapa. Ana vivía allá; AP sabía que se había mudado para estudiar antropología. No sería difícil encontrarla con esas señas, supuso. Estudiaba en Xalapa, en la única facultad de antropología que había allá. Tenía los suficientes días de viaje para dar con ella. No era contabilidad ni derecho, y la facultad no tenía tantas alumnas ni tantas Ana como para no dar con la suya.

No la encontró como alumna. Las listas no mostraban su apellido, pero él seguía. La rosa y suave carne que musicalmente latía en su pecho le decía que la habría de encontrar. Y así fue, pero no como él hubiera imaginado. Supo que no estudiaba ya; trabajaba para la universidad. Era secretaria del departamento de antropología. Se enteró, también, que se había enamorado de un profesor; le daba clase de historia o de historia social, no estaba claro. Estaba embarazada. El episodio había sido una tormenta y vivía en el departamento número cinco de un edificio en el centro de la ciudad. Intentó verla y logró encontrar su dirección, pero cuando tocó a la puerta no imaginaba que ella no lo quería ver, quizá se avergonzaba de su vida actual y se negó. AP se quedó de pie en el vano de la puerta cerrada que ella no volvería a abrir. Nunca más sabría algo de ella.

Éste era el origen del anacentrismo: haberse quedado sin Ana. Era el centro de su vida desde antes de saberlo. Viviríamos de esa historia. Una mentira, una oda al rechazo, a los sueños rotos, al cambio de rumbo. De alguna

manera la compartiríamos. Perderíamos los sueños o los cambiaríamos. Golpearíamos el timón casi sin darnos cuenta con una radicalidad abominable. Olvidarlos era la opción. La vida nos mostraba la cara del desaliento. Nos parecíamos cada vez más a nuestros padres, a esos adultos con mirada erosionada.

Tiempo después viajó a Puebla en busca de alguna otra musa. AP llevaba como regalos unos discos grabados especialmente para ella. En esos años todavía se utilizaba regalarle la música preferida al otro, o la música que se creía le gustaría al otro. También le regalaría dos libros de Roberto Bolaño. Recién había fallecido, lo leíamos vorazmente. Pero esa también es una historia que debe esperar un poco.

Por un epígono del anacentrismo, que lucía ese gesto de los que sienten todavía un poco de vergüenza ante sus actos a pesar del tiempo que haya transcurrido, supimos la historia de esa universitaria rechazada por AJ. No finalizaba con las cartas al equivocado galán literario.

Tenía rasgos como para pensar que sí era del norte de México. Labios carnosos y ojos grandes, expresivos, como para albergar la mente de alguien más o menos neurótico, apasionado, con tendencia a los desbordes. Su piel lozana se notaba pero eso, más que por la geografía, se debía a la juventud que podíamos notar. Ahora que lo enlisto, en la tersura de sus manos cuando nos saludó, supimos lo joven que era. Se presentó. Toda una semana AJ debió esconderse entre los contingentes de otros estudiantes que visitaban la ciudad cuando los anacentristas organizaron otro encuentro que abarrotó las cantinas y algunos hoteles baratos, que también permitió a algunos poblanos conocer los separos de Guanajuato. Sus medidas impedían alejar la mirada del

culo, que no se veía mal para lo que conocían los jóvenes en ese tiempo y, aunque no le quitaba lo loca, bien podía ayudar verla enfundada en pantalones blancos por los que se le traslucía la tanga que, se decían entre ellos, era la que mojaba con líquidos de aspecto a tarta cuando veía a AJ, el anacentrista.

Mucho de lo que ahora rememoraba no lo sabía nadie y quedó en el olvido, afirmaba quien nos contó esto. Se refería a un par de encuentros que había tenido con ella. Uno furtivo y hasta divertido y, el otro, con coloraciones de desastre en el que él había quedado como mentiroso y como un sátiro rompecorazones. Ella, como señorita engañada, había recorrido toda la república para encontrarlo sin éxito. Decía cuánto había llorado por esa ocasión de matices trágicos que creíamos recordar cuando él lo mencionaba porque nos venía a la mente la chica norteña. La habíamos visto muy sola como buscando algo que se le mostraba huidizo. Hasta hubo quien aseguró que ella le había preguntado por alguien pero no trascendió, ignoraban lo sucedido tres meses atrás. Ella había cimentado las esperanzas en volver a lapidar su quincena con tal de ver a ese otro anónimo para nosotros. Esa primera ocasión había sido diferente. Y, no obstante la compañía de su hermana, una muchacha delgadita y muy joven que se pintaba chapitas muy marcadas, junto con su novio, un larguirucho y medio bizco traga plátanos por prescripción médica, lo habían pasado como turistas. Lo habían pasado como para ilusionarse, en el caso de la escritora de cartas, al menos. No tenía mucho dinero o más bien poco, pero sí muchas ganas de desnudarse. El que nos contaba esta historia afirmaba haberse convertido en objeto de burla; en un bar él no pudo agarrar el paso de alguna canción

y ella decía saber bailarla muy bien. Esa noche uno de los anacentristas anduvo con ellos aunque nadie pudo decir quién y el que hubiera sido no dijo nada. Estábamos obligados a confiar en quien nos contaba; entre esas cosas, el arrepentimiento de no haber tomado medidas al darse cuenta de lo difícil que resultaba la visitante, pues daba claras muestras desde el inicio de una locura declarada o al menos de estar cerca de ello.

Todos habíamos notado su mirada angustiada y ella había hecho notar que sufría una gastritis de cuarentón. Y también sabíamos que debió darse cuenta de lo que se anticipaba como un drama del que, además parecía no haber salida, por lo menos en esos días en los que uno no sabe bien si quien amenaza con el suicidio es capaz o no; habla en serio o sólo es un chantaje y al final no pasará nada. Por eso pensábamos los tres, al mismo tiempo, como una santísima trinidad universal que nuestro informante debió evitar desnudarla poco a poco hasta encontrar su clitoris cortito, muy rosado y medio virgen, miedoso pero siempre húmedo. Sabíamos que pudo ahorrarse problemas si no hubiera posado sus manos inexpertas en ese pubis depilado rumbo a sus piernas regordetas pero lozanísimas, como de veinteñera que no había sido visitada, al menos no mucho, y que preservaba vírgenes, o al menos eso quiso imaginar, los pechos que simulaban naranjitas cuyos pezones tenues casi inexistentes se abultaban al roce o al casi tocarlos.

Dijo que ni siquiera pensó en detenerse cuando se vio encima de ella y sintió el otro cuerpo que vería mostrarse desnudo un rato después en perspectiva bajo el chorro de agua de la regadera. Afirmó que le resultó imposible detenerse cuando empujó la puerta del baño, que no estaba cerrada sino emparejada y guardaba las

llamadas de la sirena ahí adentro expectante. Cuenta que cuando se acercó pudo sentir el agua hirviendo y, entonces, al dar un paso hacia atrás, ella se puso de puntitas sosteniéndose con las dos manos recargadas en la pared mientras levantaba las nalgas lo más posible con la intención de sentir el chorro de agua recorriéndole la comisura de la espalda y hasta el coño; también porque sabía que unas nalgas uno no las puede dejar de ver tan fácil. Gemía un poco y era cachondísimo y delicioso, afirmaba el improvisado cuentacuentos fascinándonos con su relato. Sí, era una escena maravillosa; deseábamos escucharla: la imaginábamos, nos hacía olvidar su oligofrenia, también, que esa acción como de calendario de taller mecánico no era ni tierna, ni romántica, sino como de película de cine de pobres, o de putos, o de los setenta, pero nos dejó empalmados a todos tanto como él se quedó quieto, más bien tenso, con el desayuno en una mano mirándole como en un museo. Se mostraba indecente y lasciva y se le notaban los labios tremendamente rojos, como si se le estuviera agolpando toda la sangre allí blanqueándole la piel que así, lechosa, resaltaba un vientre perfecto, un ombligo mínimo y no logró evitarlo. Ahora le suscitaba cierto arrepentimiento pero en aquel momento pensaba en alguien a quién cogerse y supo que esa mañana, como estaban las cosas, era el momento de ampliar el currículum de encames escasos y, seguramente, ridículo porque era la edad de ser mirones pero no de Midas.

Pero todo dio al traste porque ella parecía haber tenido prejuicios morales a pesar de esa escena de cine barato que le había hecho y se puso como loca, temerosa y sepultada bajo una culpa que parecía de asesino, mientras, el muchacho se sentía mal, pero desinteresado; en el



fondo no era más que un macho ganoso. Después de eso descubrió o corroboró, con miedo, que estaba ante una suicida. Las evidencias eran claras, tanto como para notar el origen de esa gastritis. No era gratuita, como tampoco la mirada acuosa y asustadiza, los clamores intensos en cada sentencia, su manera de predicar un optimismo triste y frágil destinado a claudicar en cualquier momento y sobre muchas de las demás señas entre las que se podrían incluir la orfandad, una soledad de loca de pueblo, notoria en la escritora de cartas. Era complicado para nosotros, imposible comprender cualquier cosa. Éramos incapaces de ver algo más allá de la nariz, estábamos imposibilitados a pensar, sólo teníamos sangre y no era devota, buscábamos el desenfreno y atragantarnos de ciudad, de vida; era un buen lema. Nos asumíamos corifeos de Baudelaire y queríamos el mal de Galias, y queríamos recitar de memoria y con orgullo darles vida a esas líneas de *Embriagaos* que tanto nos sedujeron. Soñábamos con todo pero teníamos nada. Estábamos dispuestos a cualquier cosa. Sabíamos muy poco, pero preservábamos un hálito estudiantil que luego fue tan lejano, tan imposible de creer, de distinguir. Pero nos manteníamos risueños, resultábamos insoportables si se piensa bien y de eso iban las comparsas, de soñar un poco a lo idiota colmados de candidez.

Pero no sabíamos que el tiempo era el tiempo y nos pondría a cada uno en un lugar tan alejado como inimaginable. Encerrados con nuestros propios juguetes sólo nos resta la memoria. Fuimos eso y casi lo olvidamos. Habíamos olvidado, por ejemplo, el primer cisma de nuestro movimiento. Blas Barbosa había dejado el alma y la poesía y la universidad, también la plata en las cantinas. Algún corifeo del anacentrismo decía habérselo topado.

Caminaba de madrugada, toda la noche y fumaba religiosamente, un cigarro tras otro; vestía una chaqueta militar, una gorra, lentes y su pantalón daba la idea de ser el mismo de hacía semanas. Parece que todo se había derrumbado para él unos meses antes, de hecho, con la deserción de Pacífico Paz. Había abandonado el núcleo pero eso es algo que resulta muy confuso a la hora de contar la historia. El anacentrismo murió o presentó sus estertores con el cumplimiento de otros sueños. Soñábamos con estar cerca de los libros de alguna manera o de otra. AJ terminó siendo editor. Preservó su vehemencia al expresar el tedio propio, pero se dispó mucho de lo Ibargüengoitia y todo lo *enfant terrible*. Ahora era calvo a medias y se notaba muy repuestito, tenía un gato y su vida dependía de éste. Nos llegamos a burlar de él porque tenía horario de llegada. Su mujer lo esperaba con la cena y con la minuta del día. El anacentrista dejó de buscar a su Ana y se fue a París. Encontró a su Maga en la más mexicana de las francesas y se dedicó a dar clases. La cortejó como nos había enseñado. Le leyó poemas que ella nunca entendió. Vive una saludable domesticación. Lo hace con gusto. Nadie lo habría pensado. Prepara su boda el año entrante y dice que será lo más tradicional posible. Quizá haya carnitas y cerveza, y gritemos todos en el brindis: ¡santé! La escritora de cartas nunca encontró a su poeta. Quizá lo sigue buscando. Hace poco supe que consiguió un trabajo en el D.F. y le daba por tirar comida en las calles por las madrugadas.

## Ana

L se recuerda sentado en una de las alas de un templo con retablos coloniales. Se decía que todo el oro de España lo habían extraído de ahí. La misa de cuerpo presente fue en Valenciana. Un aire fúnebre. Estaba colmado de alumnos. El féretro recorrió el pasillo desierto. El aire olía a triste descanso. Ana se había librado del sometimiento de años; había terminado la batalla. Estaban ahí sus dos hijos: una hija y un hijo. Su esposo, que daba la impresión de no estar.

L ha dedicado unas lágrimas. Aunque él sabía que sus motivos para el llanto tenían menos que ver con la muerte de ella que con un sentimiento de injusticia y pérdida y desolación y tristeza. Era raro: lloraba y se escondía. Lloraba por él mismo y era el sitio idóneo para romper en llanto. Ya lo desbordaba. Tenía su historia personal y pasaba por uno de los momentos más frustrantes. Era algo joven para entenderlo. A punto de perder la carrera, se encontraba agotado. Había dedicado casi un año de su licenciatura a reñir y morder y pelear y buscar y perder y desalojar y verse sometido. Y, aunque en su memoria estaban algunas de las clases sobre lingüística, lo que le suscitaba tristeza era *El proceso*. L era Josep K. Todas las instancias a las que había que acudir las había

visitado y, todas, al ver el expediente del tamaño de un *Corominas*, le daban esperanzas; algunos se atrevían a asegurar que el caso, por simple justicia o sentido común, debía ganarlo él. Pero no. Siempre perdía.

No sucedió. No ante una comisión que formaban maestros que lo conocían y que sabían del caso. Por eso fue desestimada. No sucedió tampoco cuando el secretario académico y el director en turno le juraron que ahí se detendría; no sucedió ni siquiera cuando los sinodales pelearon entre ellos y el examen que debía presentar, como si se tratara de juego llanero, se suspendió por falta de garantías. Se canceló en las narices de L, que había sido advertido en una oficina administrativa de las circunstancias. Pero presentó el examen y lo reprobó. Pidió, como en las enfermedades terminales suele suceder, una segunda opinión, deseaba tener una segunda oportunidad, otro punto de vista. Pidió entonces una revisión. Se dijo que el examen equivalía a un *Jeopardy*. Una segunda comisión revisora aprobó a L con 7.5 (siete punto cinco).

La comisión fue impugnada. El honor del profesor que aplicaba el examen estaba en juego y había que defenderlo, se escuchó en los pasillos. El gremio docente cerró filas y un viejo altísimo de barba que estudiaba los preceptos éticos de todo, afirmaba eso, que la maestra no podía poner en riesgo su historial ante la comunidad universitaria. Esa comisión, acusada de alevosa por aprobar al alumno deshonesto, fue derrocada y acusada de conspirar por mor de salvar a L. Habían dañado, además, a quien no lo merecía, llegó a decirse por ahí, cuentan que fue el mismo filósofo de *la contingencia*. El 14 de febrero de 2006 L y dicha comisión fueron convocados a declarar, nitidamente culpables de no se supo qué. Se presentaron

ante otra comisión recién formada, un juego de espejos en el que los personajes cambiaban de rostro y L, cada vez que aparecía otra imagen se aterrorizaba más; esa nueva trinidad sesionaría para revisar a la comisión de revisión. Discutieron. Sacaron en claro los puntos y escribieron un desplegado que se colocó en varios espacios de un patio que por las mañanas lucía vacío y gélido, como el vientre de L hasta ese momento. Leería entre lágrimas rabiosas que ya no era alumno ya, que la H. Academia, el órgano de gobierno en esa institución hasta entonces, defendía el honor de esa maestra que había socavado al momento de revisar la revisión. No valdría escribir nombres si lo que se intentara aquí fuera describir a L ovillado como animal herido, golpeado por el abstracto de un estado que, nimio, para él era un maremágnum, porque, es frecuente, pequeñas cosas nos atormentan, pero nos tumban sin compasión sin importar su tamaño. La maestra, como se le decía en los pasillos, debía recibir disculpas y, también, habría de evitarse su molestia sin ningún pretexto que pudiera perturbar ese decreto. Su honor era lo importante en aquel sitio. El honor y los agravios debían resarcirse. Una vez más L quedaba en un limbo insondable. Detestaba llorar porque no le gustaba cómo gemía y repartía berridos y pateaba la pared y hacía gesticulaciones esperpénticas. Más de una vez se resquebrajó su voz en público, pero nunca lloró. Siempre fue hasta su casa, tiró de sus cabellos y lloró hasta quedarse profundamente dormido. Eran los días en los que no dormía; sólo así lo lograba. Cuando no partía en llanto pasaba las noches leyendo sin entender. Escribía desde una rabiosa explosión. Vivía bajo los influjos y el mal humor de una gastritis provocada por tener los nervios hechos pomada. Estaba agotado. Harto de que

todo mundo preguntara por su situación, cansado de responder lo mismo. Cada vez que lo inquirían, cada una de esas ocasiones en que lo cuestionaban, él sentía que se hundía más, cada ocasión un poco más. Aquello le significaba un hundimiento profundo, veía cómo todo se caía a pedazos –lo que puede caerse a pedazos a los veintitantos años–. Ahora se especula por qué L es un tipo triste y ácido y sarcástico y dolido. Ahora no cae bien un cínico como L, que en aquellos días vivía la etapa más violenta y frustrante y ésta, era inevitable, le dejó profundas heridas.

## Emanuelle

Después de veintiún años, que no son pocos, Ella volvió al sitio en el que aún se escuchan pájaros y preocupan cosas que en otros lugares son nada. Después de dos décadas encontró a Z en un estado que no imaginó. Después de veintiún años, de dos matrimonios, una larga historia. Lo ha encontrado ciego, diabético. También esperanzado: es Z y es lo que hay. Ella, un ángel que Z necesitaba.

Z solía pensar que todos son como ángeles. Pensaba que hasta aquél que le ayuda a cruzar de banqueta a banqueta, o bajar una escalera, o transportarlo a algún sitio era un ángel. Había pintado no hacía mucho tiempo, antes de perder la vista, por ejemplo, autorretratos: él, como figura angular, era imantado de la desgracia vital por ángeles. Él es el centro del retablo. Está en silla de ruedas. Se pinta rosáceo y con barba, algo gordo. Usa gafas. Con el ojo derecho parece querer enfocar algo, pero sólo ve sombras, a veces. El ojo izquierdo no existe. Se lo ha tragado el párpado como si de arenas movedizas se tratara. Viste chamarra de mezclilla, camisa a cuadros y jeans. No usa sombrero. Tiene amputada una pierna. Unos ángeles negros lo toman de los brazos. Lo sobrevuelan. El fondo del acrílico es rojo; distintos tonos de rojo. Todo

da la impresión de iluminarse bajo cierta mística que L piensa como cubana y piensa en Z como un hombre que escucha radio. Parece que hay una orquesta al fondo. Toca jazz o son, depende del estado de ánimo del espectador. El protagonista parece experimentar descanso y mira con gratitud a los ángeles que lo cargan, como un mártir que encuentra lo seráfico mientras mira a un cielo que en el cuadro no es ni azul ni es el paraíso.

E lo visita. Consiguió la dirección gracias a los hijos de Z. Vive en una casa donde lo detestan sus nietos. Da muchas molestias, dicen, y ellos son jóvenes que prefieren el reguetón a las estaciones de onda corta o a charlar con alguien como Z. Prefieren su vida y ven en Z un avejentado lastre que no les corresponde. La silla de ruedas lo hace imposible todo. Vive en un cuarto piso de un habitacional de casa de Infonavit. Se siente olvidado. En sus momentos más angustiosos, dice que se ve llevado por una media docena de ángeles, como en el cuadro. Describe cómo se siente esa levedad de las manos etéreas de aquellos ángeles.

L respondió al teléfono. Al otro lado, el que llamaba era Z. Le informaba emocionado que E estaba en su casa. L imaginó a E. Comprobaría que su imaginación o su recuerdo amañado por la memoria, una foto lejana en la que E vestía suéter azul marino mostraba a E con peinado de garzón y suéter azul marino, le habían quedado a deber. E le ha parecido alta y guapa. Tiene cabello rizado, nariz aguileña (verdaderamente aguileña), labios breves con los que pronuncia su español fluido con aire sudamericano. Combina muletillas en francés. Tiene puesto un vestido de manta con tonos verdes y color plata y zapatillas de ese mismo color. Sostenía con la mano izquierda los cigarrillos que encendía de rato en



rato. Era la segunda ocasión que Z insistía en llamar a casa de L. La primera, había dejado un mensaje en la máquina contestadora.

El martes siguiente que L descubrió el mensaje y lo escuchó lo asaltaron unas incontenibles ganas de llorar. Lo escuchó varias veces. Vinieron años de tristeza y de recuerdos agolpados bajo la imagen del mismo L pero con pantaloncillos cortos y camisetitas al estilo de marinerito. Eran recuerdos infantiles. Eran recuerdos que L no había notado que lo obsesionaban.

E venía a Irapuato, decía el mensaje.

Ese domingo, en el segundo intento, L respondió. Soy Z, ¿eres tú, L? Sí, dijo L. Mira, está aquí conmigo E. Está conmigo. Ojalá puedan darse una vuelta. Saben dónde estoy verdad. Sí. Sí sé dónde, respondió L. Ahora vamos, remató ansioso. Era un sueño literario. Una historia a la que se había aferrado toda la vida y que ahora lo encontraba en la mierda de pensar en el pasado. Sin embargo, y pese a todo, el pasado olía a redención. De tanto evocar, después de dos décadas, E apareció. Había estado en Estambul y en el Magreb. Venía de haber pasado una temporada en París y otra en la Argentina. Apareció con toda su humanidad y Z rejuveneció. E dio cuenta de ello. Z se vio, o se imaginó al menos, charlando y caminando y pintando y comiendo y riendo y viajando junto a aquel par de franceses de aquellos años, simplemente juntos. Una vez sí y otra no, como intelectuales de provincia, es decir, personajes profundamente solitarios. Z evocó, primero, un viaje a Xilitla. Estrenaban un Renault de aquellos años. Z conocía al administrador del castillo y, cuando visitaban esa parte del estado potosino, solía invitarlos a comer. El escenario surrealista les sentaba bien. Pasaban días allá. Apreciaban cada espacio y comían

comida típica. De regreso, en esa ocasión, se quedaron sin gasolina o falló el auto, ya no lo recuerda. Pero sí recuerda haber caminado por la carretera a Querétaro muy noche. Esa vez eran tres amigas de E y Z las acompañaba, sin E. Aunque ella sabía la anécdota porque solían reírse siempre cuando la contaban. Una camioneta les dio aventón a la gasolinera. Los invitó a cenar y los llevó de regreso a donde estaba el coche. No había gasolineras cercanas. Les vendieron unos galones en la ranchería de donde era originario un buen samaritano. Recuerda Z que alguien paró su camioneta unos metros delante de donde caminaban rumbo a Querétaro buscando lo que apareciera. Preferían que fuera una gasolinera, pero no tenían problemas con que fuera una vulcanizadora o un taller. Necesitaban ayuda. Además del chofer iban dos hijas pequeñas y la mujer. Regresaban de San Luis, parece. Vivían en una comunidad cercana. Si querían, él los podía ayudar. Z no lo dudó. Recuerda también que el hombre le preguntó que por qué andaba a esas horas con ese par de muchachas tan bonitas, tan europeas. Z sólo rió y se encogió de hombros.

L supo que no había vivido en una mentira. Entonces deseó despojarse de todo. Entonces quiso abrazar a Z por todo aquello que estuvo alimentándolo tanto tiempo. Entonces se vio sin mundo. Supo que debía irse. Y entonces también sintió más miedo que nunca. No eran los ochenta, pero parecían. No eran, pero hedía a aquellos años. Era el 2008. Veintiún años después. L vivía acomodado en un sitio idiota de docente. Ella era funcionaria. Sólo Z seguía siendo el mismo cabrón entrañable que había hecho llorar para siempre y desde siempre a L. Era capaz de eso porque su vida hablaba por su obra, y la obra misma era el pasado. La elección

de éste y la exaltación de aquello, que no por dejarlo de ver no existía. Ahora L piensa en Z y en irse. Piensa en la tristeza. L piensa el tiempo y lo cruel que suele ser. Ahora escribe sobre Z. Imagina aquel autorretrato que Z describe como si aún pudiera estar mirándolo: pinta con las manos trémulas al viento de una sala entornada por sus propios cuadros, la mirada hundida en el abismo y la sensibilidad del artista que, pese a la batalla contra el tiempo anticipadamente perdida, no se resigna. L intuye que Z sabe que puede morir pronto.

Z describe, siempre pinta. Se ve a sí mismo con la posibilidad de contenerlo todo para nosotros, encuentra, en el sueño de *happy ending*, la esperanza de seguir viendo aquello que no todos ven. Se maravilla con las cosas cotidianas, como el mismo encuentro con el pasado.



## No somos perros

*A Raúl Zárate*

“¡No somos perros!” se leía en la inscripción al fondo de ese cuadro colgante del pecho del pintor. Los políticos habían confirmado la asistencia y los organizadores, sin saber un carajo de curaduría de arte, a cargo del cuidado de la exposición, vieron con malos ojos esa obra con tintes políticos. Quizá eran otros tiempos. Parecían otros.

No fuera a ser que el señor gobernador se ofendiera o algo, decían. Toleraban falos gigantes de colores estridentes que eyaculaban prolijos incitando erotismo descarado; colgaba ya la desnudez de una caderona con gestos obscenos sin muestra de censura, tampoco espantaba la decrepitud de algún viejo endemoniado que parecía estar bajo los influjos de alguna droga dura de un cuadro titulado *Drogas duras*, pero de política nada. Podía ofenderse el invitado. Nada. Debía quedar entendido, desde el principio, desde la primera negativa, que no había sido tal sino una censura firme con aspiraciones de sutileza que exigió respeto desde el momento en el cual se decidió desmontar el cuadro, ya empotrado en un sitio central de la exposición. El amo de llaves del go-

bernador o un secretario con barriga pozolera y peinado engominado dijo terminante: Ése no va. Pero la censura no bastó, pues el pintor, vestido siempre de nadie, botas salpicadas de gotas coloridas, confetis adquiridos en el taller donde pintaba, unos *jeans* despintados, camisa a cuadros con botón desabrochado, y la chaqueta de mezclilla, aprendida por el dorso de siempre traerla puesta; el cabello descuidado y ya cano desde ese entonces, la ausencia de algunos dientes y el bigote de siempre, la barba de tres o cuatro días de siempre, un anillo grande tosco, dorado pero ocre y con una piedra azul en el anular, lo volvió a colocar. Se puede imaginar a Zárate, más que indignado pensando en su exposición, en su gusto, en sus ganas de dejarlo todo como lo ha imaginado. Pero la realidad es que fue un juego de niños entre quitar y poner, indignarse y mandar, decidir y no, colgar y desmontar el dichoso cuadro hasta que lo colocó varias veces, las mismas menos una que lo volvieron a quitar sin aviso del muro. En su lugar pusieron una fuente de canapés muy dadivosos como pocas veces. La mesa de las viandas impidió el próximo intento del pintor por dejar el cuadro donde quería. Estaba prohibido, dicen, porque mostraba al pueblo numeroso, ensombrecido, alrededor de un quiosco de pueblo, el del pintor o el del gobernador seguramente. El contingente ostentaba machetes y antorchas y puños gigantescos en alto, gestos de indignación y rostros algo violáceos derivados de la combinación del blanco que el pintor dominaba para esas fechas con maestría, según dijeron los críticos de arte, que ni lo eran ni tampoco sabían un carajo de la técnica de Zárate.

Cuando volvió a la sala de exposición después de comer huevos rancheros y unos tragos de aguardiente, de

fumar delicados y charlar un poco con las cocineras del hotel Versailles, se le vio mesarse los cabellos levemente, sobarse la barriga, a la par, notaron un gesto hosco que se encadenó con una calada al cigarrillo, después escupir el tabaco que se quedaba en los labios, porque no tenía filtro, en el piso del lugar, que era más concretamente un pequeño salón dividido en dos secciones con pisos de ladrillo barnizado y lugar para unos veinte o veinticinco cuadros, con dos o tres ventanas gigantes como de casa antigua, pintado a dos colores horizontalmente, abajo marrón y arriba blanco; un lugar que luego dejaría de ser eso para convertirse en una librería que se inauguró con una presentación a dos voces, algo beodas: Jazzamoart, un artista de por esos rumbos, los del gobernador y, aparentemente, los de Zárate también, y Carlos Montemayor, que repartía comentarios graciosos de humor involuntario derivado, quizá, del digestivo que le habían ofrecido después de la comida con el presidente municipal en turno de esa vez, que no sabía de arte pero de vinos, dicen, era un asiduo visitante, y se le notaba porque todos sabemos cuál es la cara alargada como de dragón de Comodo que se luce con la cruda, y él se veía así casi a diario, según las fotos que se veían de él en los periódicos.

Zárate paseaba la mirada de derecha a izquierda por toda la exposición recordando el orden hasta que, al notar la ausencia del cuadro, espetó: ¡Qué cabrones!

Buscó el cuadro. Lo encontró en una covacha del lugar donde guardaban todo y se podía hallar cualquier cosa. El lugar era casa de cultura, que había sido la casa de unas solteronas hasta que el gobierno decidió comprarla por recomendación de uno de los divos teatrales del lugar, un tal Pérez Vargas, que presumía con nostalgia haber estudiado en Nueva York y haber sido discípulo del

maestro Salvador Novo; también solía recordar el nombre de algunas compañías de teatro donde trabajó de joven. Se le conocía porque cada 2 de octubre, desde hacía unos lustros, montaba *Rojo amanecer* con sus alumnos de preparatoria. Lo contaba conmovido sintiendo que hacía conciencia social y preservaba la memoria de esos días aciagos que lo hicieron volver a casa de su madre en los sesenta, reventados por la represión pero colmados de fraternidad, de Woodstock o de Avándaro.

A Zárate se le ocurrió la manera de exponer el cuadro, de enfrentar la censura estúpida. Él era un pintor, decía, y le valía una chingada los conflictos que suscitara su obra. Importaba, sobre cualquier cosa, mostrar su creación y ningún hijo de su censuradora madre lo iba a impedir esa tarde.

No se sabe si decir que había un aire priísta en la sala sea lo correcto; si decirlo describe la atmósfera de los personajes congregados allí. Gordos apestosos a lavanda y a brandy Presidente, a Solera y a jabón nórdico, apestosos a corruptela y a baño de hotel de paso pero con lujo, todos luciendo gafas de armazón dorado, como sindicalistas de película de Gonzalo Vega o algo así que al sonreír estrellan en el ambiente el brillo de las coronas doradas de los dientes frontales. Trajes grises o color café, corbatas rojas o rayadas, zapatos lustrosísimos, rostros extremadamente rasurados, brillantes y grasientos, un esplendor horrendo para salir a la calle en sus gigantescos Impalas y LSD y Valiant de lujo. Apestosos a política, siempre apestosos a algo. Pero se le pudo ver, a ese anarquista, entrar a la sala con el cuadro colgado por el cuello, brindando y riendo con risa de fumador de Delicados. Comía cacahuates con los dientes que todavía conservaba.



Aquello se convirtió en un gran desmadre porque los guarros del gobernador y los achichincles cumplidos de los diputados o secretarios o lo que fuera que estuviera esa tarde se pusieron en guardia ante el escándalo celebrado estridentemente por las doñas copetonas que rellenaban dicha estampa de la vida cultural de los jueves en un lugar de provincia pequeño y ocioso, enfermo de tedio. Nadie conocía al pintor, menos los encargados de la seguridad de los potentados que se abalanzaron contra Zárate. Pero su entrada creativa, como caballete humano, derivó en una cámara húngara. Después de esto puede ser una consecuencia del abuso del vino peleón que daban como brindis esa tarde, una bebida muy mala muy mala pero que todo mundo consumió hospitalariamente porque era gratis seguramente, en especial los amigos del pintor, que sí lo conocían, que celebraban el atrevimiento, y que habían agarrado valor como para defenderlo de sus captores y de la censura, un signo de la época, el poder aplastante que subyuga a un proletariado excitado e indignado y también borracho que se rebeló esa ocasión como una marabunta desbordándolo todo hasta transformarlo en una locura. Las mujeres, partidarias de la igualdad ilustrada y autodenominándose camaradas y fraternales proletarias que había allí, con ardides aprendidos en las escuelas para la guerrilla, se inscribieron ferozmente a los madrazos. El pintor defendía su cuadro en posición fetal, Manuelito Calderón, un *yupie* que se identificó siempre con el proletariado, más con el consumo frecuente, si no es que muy constante de mota que con la ideología, pateaba lo que se moviera como jugando *funkí funkí*; Mutio, que aún no adivinaba cuántos años restarían para acusar calvicie, no cohibía su mañas y estrellaba botellas en los rostros vociferantes

y morenos de los guaruras. Apestaba todo a vino y era un enfrentamiento tropezado e incoherente, una campal extrañísima, voraz, centrípeta, con hedor a tabaco, que todavía no se prohibía en lugares cerrados, ni siquiera imaginarían los asistentes que unas décadas después sucedió y faltaría tanto humo en las presentaciones de lo que fuera; también apestaba a perfume barato y refulgía el carmín del labial de las musas que dejaban la huella de su presencia en la mancha viva, una sombra del labio inferior en las copas de vidrio rotas ya a estas alturas, pero dispuestas para el vino de honor. No se permitieron algún acto de cobardía y, con los bolsos y con los tacones y con lo que pudieron y encontraban a la mano propinaban, sin escatimar tampoco, chingadazos como si de matar gallinas o aplastar gusanos se tratara. Aquello era un saltimbanqui, no era posible distinguir más que por la ropa proletaria frente a los trajes de lino o de tela cara, al pintor y a sus secuaces. Si no fuera por su distintiva mezclilla, no lo hubieran distinguido y hubiera sido más difícil arrebatárselo a las manazas de los guardias del gobernador, sus agresores.

El gobernador, ya muy borracho, era defendido por dos. Lo abrazaban y hacían pensar en un trío sodomita, lo cubrían o lo encimaban. La escena parecía resultarles familiar, como si la practicaran frecuentemente. La directora del lugar se llevaba las manos a la boca, tapándola; se encontraba pasmada. Musitaba y reconvenía a todos y a nadie, se acercaba a tientes a unos y a otros pero no resolvía nada, sus ayudantes o el público merodeaban la campal sin saber qué hacer; los fotógrafos se daban un festín y capturaban gestos inimaginables, exclusivas del borrachazo en una casa de cultura, abuso de autoridad, el gobernador escondido por sus guarros o, la raza, las

musas, los poetas, el pintor haciendo desmanes en los recintos que deben respetar, siempre regando el tepache.

No volvieron a ser invitados en cuanto terminó la trifulca. El saldo: muchos arañazos y algunas multas administrativas, censuras y espectáculos de parte de las autoridades. La fama de sabotadores y borrachos para los amigos del pintor; Zárate, convertido en todo un indeseable, no sería aceptado jamás. El gobernador tampoco se interesaría más en acudir a eventos públicos, aunque todos se enterarían del chasco de esa noche. El lugar no tendría que ver nunca con aquel acto revolucionario por circunstancia, casi comunista, panfletario sin quererlo en todo caso y rebelde sin darse cuenta. Un *happening* en contra de la libertad si se toma en cuenta algo de sorna.

“¡No somos perros!” se podía leer en el cuadro algo marmoleado por golpes que lucía Zárate después del zafarrancho. Entre amigos compartían el desalojo, fueron echados a patadas de una casa de cultura. Sus risas lo iluminaban de cualquier manera, parecían tan jóvenes; no había llegado ni siquiera la idea del tifón que se acercaba, demeritarse en ser adultos.



## *Welcome to the Rich People's World*

Cruzábamos el estacionamiento de una plaza comercial. Hora pico y en domingo, supongo. No éramos los únicos buscando un resquicio, un cajón, algún auto que abandonara el lugar. Llevábamos varios minutos rondando, como se acechan estos lugares, con cierta viveza y algo de esperanza. Vimos un espacio cerca de la orilla norte junto a unos fraccionamientos nuevos. Encendí las intermitentes, no nos olvidemos de mi culpa anticipada ante todo y mi respeto por las leyes de urbanidad, y aceleré con discreción. Unos segundos antes, una mujer que conducía una súper camioneta de doñita, nos ganó el lugar, o al menos llegó un par de segundos antes. Ni siquiera me atreví a cuestionar.

Ya sea por la falta de pericia o por demostrarnos que de ella era el sitio de estacionamiento, se adelantó un poco haciendo espacio, como cuando uno concursa por la licencia de manejo, con cierta calma para demostrar el aplomo que los nervios vencen durante los exámenes cualquiera que sea el tema. Intentaría estacionar de reversa. Hizo un par de maniobras. Salió unos metros, se despegó un poco del sitio. Nos alejábamos resignados cuando vimos que un Tsuru blanco con claras muestras de su pretérito taxista la dejó viendo. Apareció fantasmal,

inoculado como por arte de magia, se introdujo como pieza esperada en un juego de tetris, engranó como las maquinarias de los relojes en el lugar que la doña cope-tona había apartado con las intermitentes de su nave y sus aspavientos al estacionarla.

La escena impactó. No daba para que alguien se riera. Un airecito de estupor nos invadió, a los testigos y a la afectada. Aunque la doñita nos había ganado el lugar, había sido más o menos a la buena, pero lo que hizo el cabrón ése sí era para llamar la atención. Descarado, celebratorio, el muy sinvergüenza, se burló. No lo hubiéramos podido imaginar si nos lo platicaran. Orondo como caminan los pavorreales en apareamiento, el bato caminaba que no cabía de ancho alejándose.

La señora, pasmada como nosotros mismos, apenas atinó a bajar el vidrio de la ventanilla. Intentó, con poco éxito, balbucear un reclamo. El gesto era claro, estaba indignada. Tenía motivos. El conductor del Tsuru la miró como si anduviera de vacaciones en Playa Azul: una mano en el bolsillo del pantalón jugueteando con las llaves y, haciendo un ligero encogimiento de hombros, vocativo de resignación, espetó segurísimo de sí mismo: Bienvenida al mundo de los gandallas. Chasqueó la lengua y siguió su paso cansino.

Me quedé boquiabierto. No lo podía creer.

Pasaron unos segundos. Sucedió algo impresionante. De algún lugar divino o por lo menos sobrenatural, entre instinto de justicia, respuesta ante los oprobios, surgió la fuerza de la ricachona –este momento de la vida me sirve para recordar a cada instante mi conciencia de clase–. Salió respondona la doñita copetona. Subió el vidrio de la ventanilla. Abrochó su cinturón de seguridad, embragó reversa y metió a fondo el acelerador. Fue

a estampar como *carro chocón* en feria la doble rodado con faros de halógeno en el tsurito blanco hasta darle un efecto de acordeón. Nos quedamos expectantes e incrédulos. La conductora furibunda y oligofrénica hizo un gesto risueño, de gusto, como quien da una lección. Avanzó hasta acercarse lo más posible al *juancamaney* que la había ofendido. Él, estupefacto, atónito ante lo que había sucedido. Su ceño se había transformado y no dejaba de ver su auto estampado contra el muro del estacionamiento.

La mujer, con gesto de Catalina Creel, bajó el vidrio de la ventanilla, miró recia y fijamente al otro conductor, que se mesaba los cabellos, y le dijo, como pidiéndole la cuenta a algún mesero: Bienvenido al mundo de los ricos, ¡pendejo!





## II



## Zárate

Yo compartí mi infancia con un anarquista. Pedía huevos a la mexicana y café con leche, en vaso de vidrio. Contábamos, cada uno, sueños de noches pasadas. Nos incluíamos en el surrealismo. Por eso ahora cuento un sueño de ese sueño. Me parece estar soñando que cuento lo que soñé aquellos veranos de los años ochenta. Él cuidaba que no echara a perder sus pinceles y carboncillos. Nunca fui pintor ni diestro para las manualidades; sigo siendo zurdo y los zurdos no podemos ni recortar letras del periódico sin tener severos problemas. Mejor, convivía con sus sombreros, jugaba a ser otro, jugaba a ser revolucionario, antorchista o músico; caballero de los treinta, obrero de tabacalera o ferrocarrilero. Mejor me disfrazaba del *Jefe*, como le dicen, cada que podía mientras él, desde lo alto de un hotel ya viejo, jugaba al sueño de detener el tiempo.

La azotea era un parque de diversiones, un archipiélago; me parecía inmenso. Recuerdo el espectacular que decía “Hotel Versalles”. Lo podía ver cuando levantaba la cara al cielo. En las noches encendían las letras, un destellante rojo neón. Recuerdo el piso rasposo y los tragaluces, eran tres. Me recargaba en los frisos y, apostado, miraba al vacío. Había macetas, helechos o

geranios. También solía asomarme hacia la calle Pípila, que desemboca al jardín principal. Había un cine Rex al costado. Hacía sombra. Era una construcción gigante que parecía ponerse al tú por tú con el edificio desde donde yo podía ver la presidencia municipal, detrás de los ficus recién podados entre los que se esconde la cúpula de un quiosco, apenas se puede ver. Al fondo de la estampa, tres torres y un edificio como de cristal cuya arquitectura me recuerda una época ignota de cuando yo no había nacido; un estilo caduco. Al poniente estaba el estudio de Zárate: un cuarto acondicionado con su permanentemente olor a óleo. Recuerdo un par de caballetes, cubetas con pinceles, bastidores y telas. En un rincón, una cama siempre tendida. Recuerdo la cobija a cuadros de lana, una sola almohada, blanca. Había un pasaje que llevaba a la puerta de la azotea. Desde el barandal se podía ver el primer piso por un hueco. Se podía ver hacia abajo una caja de luces de emergencia o una parte; la caja fuerte, o una parte y una marioneta conmemorativa de la feria de Aguascalientes.

Al sur de la azotea, la lavandería. Era el lugar de reunión donde churchearon las recamareras al final de la jornada. Convertían ese solar con techo de lámina en un nido de guacamayas alegre y festivo. Al fondo de ese lugar, que siempre me pareció oscuro y húmedo, había una mesa gigante en donde colocaban la ropa de cama dispuesta para blanquear. Una de las tuberías que recorrían toda la azotea, como venas y arterias del edificio, llevaba hasta una lavadora gigante que siempre me pareció nave espacial cromada y redonda. Tenía una escotilla o lo que yo creía que era una escotilla y, dentro, el aluminio era un cilindro con orificios. Me hacía pensar en las películas de viajes a la luna. Lo demás eran tende-

deros y sábanas puestas a orear al viento. Las mujeres usaban zapatos cómodos de afanadora en hospital y vestidos hasta las rodillas ceñidos a las curvas de esos cuerpos de caderas anchas que me evocan esa década. Los lavaban a diario también. Se desnudaban y paseaban en ropa interior. Solían bañarse pasada la hora del *check out*, aunque antes yo no sabía cómo se llamaba al momento en el que se desocupa una habitación en un hotel. Tendían sábanas, una escenografía como de ninfas. Se repartían jicarazos unas a otras. Era yo un niño y me incluían en ese baño como de Olimpo ochentero. Recuerdo a Esperanza, Angelina y Maruca. Eran cariñosas y me trataban bien. Conservo esas estampas en las que todo huele a jabón Zote y a chismes en la azotea, a blanqueador y a resolana de la tarde. Sentía como si hubiera ido a nadar. Supongo que desde ese tiempo se alimenta mi afición por las mujeres mayores, un pudor sonriente en todo caso.

Bajaba del *penthouse* para pobres recién bañado y muy peinadito. También hambriento. Para las comidas prefería milanesa con papas a la francesa. Me sentaba en la mesa contigua a la recepción. Puedo recordar los muebles. El comedor tenía unas ocho mesas, la cocina, al fondo. De ahí solía robar los muslos al pollo recién cocido. Daba paseos pedaleando en mi triciclo Apache y arrancaba la pieza con sagacidad, afirmaba doña Mary, la cocinera. Había cuadros de Zárate colgados en todo el hotel, en el restaurante, el bar, los cuartos. Así pagaba el alquiler. En una visita inesperada, Jorge Saldaña expresó su sorpresa ante esto.

Había una caseta telefónica. Me suscitan tanta nostalgia, siento que hay muchas historias ahí. Estaba al pie de una escalera de caracol que llevaba al segundo piso.

Me gustaría poder describir más los escalones de marfil y el barandal pintado de café. Esa escalera siempre me hace pensar en las películas mexicanas de los cincuenta, en conjuntos departamentales de esos años en el D.F.

Una televisión Hitachi sin control remoto era el centro de las reuniones en el recibidor del hotel los sábados por la noche. Había una reparadora de calzado Vallejo cerca del hotel. Todos los zapateros que trabajan ahí venían a apostar en las funciones de box. Llenaban el recibidor.

## Epifanías

*Paladeaba con placer la memoria de mis errores*

ALMUDENA GRANDES, *Atlas de geografía humana*

Aquella tarde sería, a la postre, de una triste duda, de una confirmación desangelada. No me cabía en la cabeza la noticia. Tenía que preguntar, debía hacerlo. Pero lo hacía –y esta sensación la recuerdo– con la certeza de que mi angustia sería despejada de otra manera.

No esperaba la reacción de mi madre, con mirada de pistola, contra mi hermano mayor. No imaginaba que la respuesta sería un silencio enojón. Distingo, sin embargo, que ahí, al pie de la escalera de la casa materna, a eso de los ocho o nueve años, mis cincos de enero se transformarían en unos días incomprensiblemente normales. Ya no sería tan fácil despertar antes del amanecer, ya no habría esta sensación de tener que portarse bien los primeros seis días del año para conseguir lo que uno pedía, ya no me extrañaría nunca por qué mis padres no tenían la energía para despertar junto con nosotros y salir a la calle a jugar con todos los chamacos emocionados por tanto juguete. Ya no.

Tampoco volvería a seguir a mi hermano con convencimiento. Una muralla de reservas estaba ante mí cada que se trataba de él, como ahora. Mi manera de ver las cosas no permitiría, sino hasta muchos años después, escucharle algo a este cabrón después de haber dejado que sembrara en mí la incertidumbre respecto de Melchor, Gaspar y Baltazar.

Me había sucedido antes algún percance por ser un epígono del primogénito de mi casa, pero la descorazonada de esa tarde, víspera de la fiesta de epifanía, para mí, fue, sí, una manifestación, pero también una suerte de olvido de las ilusiones. No atino a rememorar la diferencia entre la inocencia y la no creencia de aquellos días. Recuerdo más que dejé de seguir a mi hermano y creo que él lo notó. Lo nota. Acostumbrado a que los menores siguiéramos su ejemplo comenzó a ver en mí a un tipo rebelde que lo mandaba al diablo muy pronto, que en la adolescencia haría un club en contra de los hermanos mayores, y que conservaba la apremiante consigna de no hacer caso de nada a lo que el mayor mandara, dijera, sugiriera o decidiera. Así fue, así es.

En el fondo, es mi percepción y se deriva de mis sabotajes contra él, sospecho que su vida adulta se podría tratar de una reivindicación de aquellas noticias trasunto de impertinencia que, por ser el primero, le llegaban también antes que a uno, y él, en esta imprudencia propia de la edad, terminó echando al ruedo antes de tiempo, por lo menos frente a mí.

No sé, a veces hubiera querido que algunas noticias, experiencias o estupideces de éstas en las que uno pierde las ilusiones me las hubieran contado otros; desearía que me hubieran arrebatado las creencias aquellos de los que no dependía mi convivencia vital o con los que mi



querencia más bien era circunstancial y no de sangre; me hago una idea de lo que podría haber sido no enojarme tanto con mi hermano mayor por su imprudencia y por la posibilidad de culparlo a él de la ausencia de ingenuidad en mi vida. Sí, posiblemente hubiera sido más cómodo tener otros culpables. Pero como son las cosas, por lo menos mi vida, ha sido una suerte de tránsito en el que en algún momento tuve que decidir ir perdonándolo poco a poco y, eso, ahora lo distingo, no terminó por ser tan malo.

Por otro lado, pienso en las consecuencias, no de su noticia, no de sus imprudencias, sino de las mías. Quizá fue antes, pero ahora que escribo esto, también me doy cuenta de que esa ocasión fue una de las que me consiguieron como un imprudente, como un boquiflojo, como un chico incómodo. Desarrollaría para toda la vida, creo, esta sensación de estorbo y de niño preguntón. Intenté, al parecer sin lograrlo, alejarme de esta curiosidad y de esa incontinencia de preguntas; de esta letal impertinencia que me ha seguido por todos lados. No aprendí a callarme, no aprendí dejar de estorbar, no aprendí nunca a dejarme de sentir un indeseable.

Creo que soy un tipo que creció aborreciendo algo por un evento como éste. Sí. Pero sobre todo me queda claro que desde esas resoluciones a mis angustias distinguí lo impertinente que siempre seré, que fui. Al menos esa precisa ocasión en la que no me guardé la duda y la escupí mientras mi madre recogía basura en la cocina. Simplemente supe que, a veces, como diría Vicente Alfonso en su *Partitura para mujer muerta*, que a veces es mejor quedarse con la duda y no preguntar.



## Fechorías de chaperón

*A Javier Durán y María Luisa*

*En los atardeceres desamparados en que la ventisca  
de marzo sacude las frondas de mi ansiedad,  
y en que la ilustre uña de la luna disemina calosfríos  
vesánicos, me encamino a tu calle para asomarme  
a tus vidrieras y aliviarme con tu figura, todavía adorable.*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

Cualquiera diría que hay recuerdos que vienen a la mente en determinadas fechas. Es probable que los recuerdos más claros de diciembre debieran ser los de mis aventuras prenavideñas entre piñatas y posadas cacahuateras, los ratos de ocio y travesura con candelas y *cuetes* chifladores, palomas tronadoras y toda la gama de productos pirotécnicos que Juanito, el primo más malicioso que conocí en la infancia, se ocupaba en conseguir. Rastreaba puestos clandestinos y casas polvorín que operaban por la zona, su mirada amarilla y siniestra se excitaba ante cualquier prohibición. Es factible que no sea una fantasmagoría la

imagen de una vieja arrugada, con su eterno mandil vendiéndonos los diferentes fuegos artificiales para quemar. Abría la puerta, una lámina cruzada y enganchada con alambre galvanizado. Entrábamos a un pequeño cuarto de ladrillo y pedíamos. Ella, con cansino andar, iba y venía con los productos. Contaba y metía en bolsas. Recibía el dinero. Abandonábamos el sitio como fugitivos. Huíamos contaminados por esa euforia parecida a las ganas de orinar que nos asaltan jugando a las escondidillas. Acaso podrían aparecerse mis etapas de monaguillo, los sabores de los dulces preferidos o el arte de pelar cañas con los dientes.

Pero no. Lo que se me viene a la mente es la primera vez que le maceré los pechos a una muchacha. Fue por esas fechas. Fue al lado de la casa de mi madre y fue, como suelen sucederle a uno este tipo de cosas, cuando no lo esperaba y tampoco me enteraba muy bien de lo que estaba sucediendo.

Yo era el chaperón. Mejor dicho, era la respuesta ante la chaperona que solían ponerle a la novia de mi hermano; ahora que lo pienso pudo tocarme en turno una nana regañona o un hermano *cuida coches*. Mi contraparte se llamó Érica y su otro nombre y sus apellidos eran impronunciables para mí como lo son ahora. Era la prima. Llegaba en diciembre y desaparecía pasado el año nuevo. A esa edad era delgada, flaca más bien. Usaba unas botas muy del tiempo, muy del tiempo en el que los zapatos Canadá inundaron el mercado con los Perestroika. No alcanzo a recordar cuál era mi edad, pero creo que estaba en secundaria, no sé si en segundo o en tercero. Aquella vez que me llevaron o me impusieron ahí era la ocasión en la que mi hermano debía declarársele a la Rapunzel

de ese castillo. Érika y yo dimos vueltas por la cuadra mientras se resolvía el anunciado cortejo.

Caminamos ida y vuelta, y sospecho que charlamos más que los propios novios. No recuerdo que ella me hubiera llamado la atención particularmente. Aún no nacía este instinto de casanova que despierta con la adolescencia. No. Yo era un niño. Sólo recuerdo que me pareció dientona, que era más alta que yo y que me recordaba un poco a Oliva la de Popeye. Parecía que se quebraban sus rodillas. Tras nuestra caminata supimos que el sí de la niña estaba dado. Mi hermano tenía novia. Era oficial. Se verían disciplinadamente cada día de tal a tal hora. No era mi asunto.

Yo era un imberbe, es la verdad. Y aunque ahora no he cambiado mucho, el recuerdo marinado viene lleno de esa ingenuidad casi olvidada de aquellos días en los que simplemente no se sabían ciertas cosas. Recuerdo, o por lo menos creo que recuerdo, la primera vez en que Érika me pareció casi un ángel, una estatua distraída. Fue quizá un año después de haberla conocido enfundada en sus botitas. Ahora, llevaba zapatos de charol y se defendía de la vida, y ante la belleza de su prima, luciendo un vestido que no era de ella, pero que le sentaba bien. Recuerdo haberla visto.

Me di cuenta de que era víctima de una emboscada. Mi hermano y su novia se empeñaron en unirnos. La pareja, quizá por no tener más de qué hablar, condenada al fastidio de verse siempre sin saber cómo pasar las horas muertas, se ocupaba en experimentos como éste.

Yo estaba bien tonto. A la hora de los besos, me espanté y me fui. Me gané el mote de hablador. Ella me reprochaba y me decía “me das palabras, sólo palabras”.

No sabía cuánto puede influir un rechazo, una burla de la chica que se torna objeto de deseo. Bien pensado, los empeños encuentran su origen en construirse frente al otro, derivado de algo que el otro dijo, a manera de revancha. Pienso en Menelao, en Jay Gatsby, en Florentino Ariza, en mí. Parecería que esto que ahora recuento fue lo que motivó mi obstinación.

Confieso que al principio yo iba a regañadientes hasta que llegó el día en el que Érica apareció en vestidito negro con estampados de flores. Quise verla en cada oportunidad, encontrarla en vacaciones. Era extraño porque, también, debía ocultar cualquier muestra de estas ansias. La soñaba silenciosamente. Debía mantener en secreto que estaba enamorado de la prima de la novia de mi hermano.

De alguna manera pretendía llamar su atención. Ella solía aprovechar cualquier pretexto para burlarse de mí. Me enfermé de ella y la busqué, siempre sin buscarla. Sólo así, al acecho, como que no quiere la cosa.

Y la encontré.

Recuerdo algunas noches especialmente. Se desató esta tierna pasión de la que hablo. Se han convertido en mis recuerdos decembrinos más allá de las posadas o de la tristeza consumista que sentí aquella última navidad que mi padre pasó en casa con nosotros. Me acuerdo de haberlo visto desganado y triste, contenido, mordidiéndose las uñas. Lo recuerdo con su suéter azul con negro; me acuerdo de mi familia cuando volvíamos de misa. Me acuerdo de las noches de diciembre y no eran una época que me gustara porque veía cómo a mi padre lo asaltaba una angustia de no poder comprar los regalos suficientes, una angustia más allá de los entendimientos de alguien como yo. Quizá por eso suplanté mis recuerdos. Era un

adolescente egoísta y encontré un poco de mundo en Érica y en mi afán por reivindicarme de las burlas que dedicaba a mis actos pueriles.

Ella crecía con vértigo. Yo no. Seguía siendo un chico de uno cincuenta de estatura más o menos y ella se desarrollaba para todos lados. Comenzaron a brillarle inmensamente los ojos verdes. El cabello, cada vez mejor peinado, acentuaba sus facciones redonditas. Ya no era una dientona ni una flaca. Me hacía descubrirme ensayando besos en el espejo. Había llegado el momento de planear las citas y las idas al cine y esas cosas que son mero pretexto para acercarse poco a poco. Pura fantasía. Me descubrí en el maravilloso y frustrante mundo de la educación sentimental. Me llenaba los ojos con ella. Volteaba hacia la ventana, a cada minuto, para ver si había salido a la tienda.

Así llegaron esas noches de las que hablo. Se desató una benigna y risible etapa en la que jugábamos y nos volvíamos cómplices. No sabré nunca cómo sucedió pero teníamos un secreto. Ella dejó de sentenciarme por ser puras palabras y comenzamos a besarnos. Eso pasó sin que nos diéramos cuenta. Ya no éramos, ni ella ni yo, tan adolescentes. Nuestros instintos y nuestras hormonas palpitaban, salían a darse la vuelta. Y llegó la noche en la que nos dedicamos a descubrirnos un poco más allá de las sonrisas, los flirteos.

Mientras mi hermano y su novia veían las estrellas en una azotea, nosotros habitábamos un cuarto abandonado y sin muebles, pegados a la pared en la que no olvidaré que recorrí con estas manos inexpertas, inaugurales, los pechos de Érica, la mujer que esta mañana de navidad he vuelto a ver. La he visto parada en el umbral de la puerta de la misma casa de al lado, ésa donde nos llegamos a

besar. Ella llevaba de la mano a su hija de tres años; ha heredado sus mismos ojos verdes, sus mismos cabellos castaños, su misma presencia angelical.



## El Rifle

La fama que le precedía era abrumadora. En nuestros tiempos, salinistas, ya se le veía cansado, canoso; de su cabeza rizada sobresalía una especie de mollera. Por encima de la frente llena de arrugas, daba la impresión de tener el cráneo aguado, como un bebé. Tenía los dientes pequeños y pronunciaba con vehemencia. Hacía hincapié en los fonemas dobles como en *puel-la*. Siempre que hablaba latín frente a nosotros su dicción me hacía pensar en alguien que hablaba algún dialecto germánico.

Temblaba. Se notaba mucho el Parkinson cuando caminaba. Era irremediable. Quienes lo imitaban, veían ese rasgo y lo exageraban. Sabíamos que el *Rifle* era víctima de otra caricatura. Nos divertíamos. Éramos alumnos.

Dos o tres ocasiones llegamos a verlo con un ojo parchado. Siempre usaba lentes. Su vista cansada daba una imagen definitiva. Las guayaberas y un portafolio café conformaban su uniforme como de otros tiempos, como de moda de película a blanco y negro, con Arturo de Córdoba como personaje principal. No sabíamos cómo resistía. Lo notábamos realmente jodido, sin embargo, casi nunca faltaba a clases. Todo el pinche día dándole vueltas a los salones de aquel lugar. Llegaba con los

de primero “A”. Hacía oración para comenzar la clase, siempre en latín. Luego, al primero “B”, al segundo “A” y segundo “B”, finalmente a tercero. Ahí pasaba hasta tres horas, dependiendo del día. Todo se puede imaginar soleado, como en primavera que reverdecía en jardines viejos pero bien cuidados.

Durante los primeros días de mi estancia, creo que fue en el noventa y siete, supimos que cayó de las escaleras cuando iba rumbo a un salón de clases. Apenas si lo conocía yo. Apenas si lo recuerdo lejanamente. Lo había visto entrar al estacionamiento del internado en su auto como bólico. De primera instancia sospeché que era un cafre, rechinaban las llantas al frenar. Se trataba de su incapacidad para maniobrar, poca pericia debido a sus condiciones físicas. Algún guardián divino le permitía llegar más o menos salvo a la escuela. Conducía un Topaz color blanco, madreando de las salpicaderas como si se dedicara a raspar paredes y bordes. Pareciera, ahora que lo cuento, que le apasionaba mucho dar clases a alumnillos como nosotros. Ya no estaba en condiciones de conducir, ni de dar clases. Las avenidas crecían con velocidad de sexenio gubernamental y la ciudad se poblaba, cada vez más, de autos. El tránsito de cualquier colonia hacia el edificio del internado no parecía fácil, aunque eso no se podía saber porque éramos algo jóvenes para manejar y estábamos en una ciudad nueva, o al menos yo, para saber cómo conducir, pero no era difícil imaginarlo cuando el semáforo en rojo embotellaba centenares de autos justo en la esquina contigua a las puertas. Él era un milagro al volante.

Le decían el *Rifle*. Su abdomen prominente delataba la diabetes, aunque sabíamos de su enfermedad crónica por los rumores que se decían de él más que por saber

características de ésta. Tres ciclos escolares consecutivos fue mi profesor; lo veía a diario. Murió años después. Él decía que cuando muriera debía cumplirse una sola voluntad de su parte: quemar su biblioteca. También, cuando pensaba en esa sombra, nos dijo siempre que deseaba una enfermedad larga para poder arrepentirse de todos su pecados. Nunca supe si se cumplió.

Años después, lo recordamos en cada encuentro. Nos reunimos algunos excompañeros y vemos con benevolencia esos días, con algo de vergüenza también, no nos disculpamos ya esos actos insolentes e irrespetuosos de esos días. Cada vez repetimos las mismas anécdotas, contamos los chistes del *Rifle*. Hablamos de él. En ese tiempo jugábamos a costillas de sus canas, aunque no sabíamos muy bien que ponerse al lado de él a cada foto tomaría aires de reliquia. Fue la primera ocasión que sentí que tocaba la historia, como parte de algo significativo, trascendente. Pensaba en esas fotografías que resultaban valiosas, que capturaron algo icónico, o no, pero que me parecían importantes. Sentía que eso sucedería de alguna u otra forma como cuando de adolescente repasaba las fotos en los álbumes de la familia y se veían todos más jóvenes o irreconocibles porque eran unos bebés, con modas de otros tiempos o sin las arrugas debidas al paso del propio tiempo, encontraba parientes que nunca conocí más que por las historias que mi madre nos contaba. Ese viejo edificio parchado donde vivimos me hacía pensar en ello. Al tercer año, nos avisaron que lo demolerían terminando el curso. Nos tocó cargar con los muebles a otro lado, un éxodo. Era un cascarón destartado que estaba colmado de improvisaciones para lograr hacerlo funcional o medianamente habitable. Había, al menos, cuatro épocas arquitectónicas

visibles en ese edificio, varias generaciones de las que, por ejemplo, formó parte inaugural el *Rifle*.

Nos relató varias veces la época de la persecución y el sinarquismo. Nos contó que el seminario, las clases y los oficios solamente, lo hacían en El Sagrario, un templo en el mero centro de León, Guanajuato, esta ciudad que formaba a sus generaciones juveniles en pos de la virtud. Las aulas estaban en donde ahora es la presidencia municipal. Pero no había dormitorios, debían asilarse con familias que se ofrecieran, recordaba. Evocó esos años cada que pudo. Él vivía en la casa de compañeros que le ofrecían el desayuno, la comida, el baño y una cama dónde resguardarse porque su ciudad natal fue Pueblo Nuevo, a unas dos horas de camino, quizá más por esos tiempos. Digo esto porque a mí me tocó la remodelación de las carreteras que, conforme fue pasando el tiempo se ampliaron y se redujeron las distancias, aunque en algunos momentos parecían más de los setenta kilómetros que los letreros decían hay entre León e Irapuato.

Creo que él se entregó al seminario porque la historia de ese edificio fue la suya. Estuvo en la ceremonia de la primera piedra y, a pesar de pugnar y hacer panegíricos en favor de la conservación de esa casa cuando la decisión de mudarlos a todos, vio cómo lo derrumbaron en muy poco tiempo. Escribiría la historia del seminario, las casas de formación, sus momentos más importantes. Los libros me resultaron aburridos cuando se presentaron, pero me acuerdo de un momento gozoso al ver las fotografías, al corroborar quiénes habían pasado por la misma casa que nosotros, en otros tiempos. Era irreconocible lo que veía en esos libros frente a la casa donde habité, los mismos muros, en otro tiempo perfectos, ahora salitrosos y siempre humedecidos, parecían

tener parches o improvisaciones. Apenas reconocía el edificio al que ingresé, por primera vez, cuando cursaba el tercero de secundaria. Esa ocasión cargaba un morral verde gigantesco donde eché lo que creí necesitar para tres días. Me acompañó mi papá. Iba a un encuentro. Recuerdo que un sacerdote amigo de mi padre nos dejó en una avenida paralela. La manera de comunicarse entre adultos me parecía confusa. No eran buenos tiempos desde hacía años, mis padres habían logrado vender la Combi modelo ochenta que había sido de la familia por una década para sacar el gasto, mi madre trabajaba en un despacho, pero mi padre no lo hacía desde hacía un tiempo. Mi papá le pidió el favor al sacerdote. Nos llevaría a León y nos dejaría en el seminario de Belén, una casa vieja junto a un templo que se conocía con ese nombre. Yo pensaba que ese aventón era algo más que indicarnos en qué edificio estaba nuestro destino. Nos bajó del coche ahí, indicó con su mano derecha dónde estaba la puerta de entrada, apenas se despidió y arrancó. También era un cafre que saltaba los topes impunemente. Nunca supe si porque no los veía o simplemente le valía madres la suspensión de su vocho. Nunca supe cómo regresó mi padre a Irapuato, ni siquiera me preocupaba si tenía dinero para el pasaje o si la terminal de autobuses estaba cerca.

A un costado había un hotel, el Fiesta Americana. Era divertido escuchar las fiestas mientras intentábamos dormir temprano. Ahora es nada. Ya no existe el portón de madera. Ya no hay vestigio de ese pasillo tan parecido a hotel de película filmada en Acapulco, con un pasaje como si estuviéramos en el Pedregal de San Ángel: vidrios gigantes, arquitectura moderna, mármol, tezontle y algo de madera fina pero, para esos días, muy gastada. Recuer-

do el recibidor. Tres sillones estilo despacho de notario público de la década de los sesenta, piso de mármol, la foto de un egresado de ahí, quizá mostraban orgullosos una seráfica imagen para jóvenes aspirantes, mientras Juan Pablo II le imponía las manos. También había una de la madre Teresa de Calcuta en la otra pared. A quien le tocaba esperar un poco, seguro le invadía la sensación de estar en una pecera debido a esos ventanales altos y a la penumbra que se generaba por el pasillo que simulaba un túnel. Estaba flanqueado por el comedor que quedaba dividido con otros ventanales de vidrios chinos donde sólo se podía distinguir la sombra de las mesas en hileras de ocho, cada una de ellas dispuesta para seis comensales. La loza siempre fue de plástico y las tazas de peltre. Se lavaban trastes a granel. Había una lista de pequeños equipos para hacerlo; cada uno de nosotros debía hacerlo al menos un par de veces al semestre. Pudo ser una experiencia difícil, de manos partidas y de perderse los descansos pero las monjas cocineras nos premiaban con un pan dulce y, nosotros, adolescentes en cautiverio, gozábamos viendo las faldas a las muchachas que ayudaban a las religiosas. En algún lado había una consola. De vez en cuando ponían música en las comidas, ya no eran los mejores tiempos de los Bee Gees pero nosotros los escuchábamos. Cuando ya no funcionó la ambientación de restaurante uno de los directores espirituales nos leía el manual de Carreño. Era para sentirse en otra década, en otro siglo. Todo en ese lugar tenía algo de polilla.

Al salir del pasillo, oscuro siempre, había unas escaleras. No sé qué haya sido inicialmente pero cuando yo conocí el sitio los espacios se habían adecuado para ser recámaras de los directores espirituales y, en otro lado,

oficinas. Todos con vidrios. La arquitectura en algún momento fue vanguardista, ahora, obsoleta. Siempre imaginé que hacía mucho frío o que las cortinas debían ser gigantescas o que la luz debía ser un magnífico despertador casi siempre. Eran tres pisos, un cuarto, estaba abandonado. Eran vidrios, ventanales inmensos, unos aparadores.

El piso desierto lo conocíamos como el palomar. Estaba en desuso pero los nidos de las aves no lo habían abandonado. Para la comunidad era un escaparate hueco que alguna vez utilizamos para ensayar canciones cursis de rondalla. La vista desde ahí era panorámica. Siempre se me antojó ver un amanecer; imagino que la experiencia podría haberme sorprendido. Se veían, desde ese lugar, las otras partes del edificio. Si me pegaba a las ventanas, como respirándole al cristal, mirar hacia abajo provocaba vértigo. Se podía ver el pasillo, una estructura a gogó que llevaba a los baños y a las canchas de basquetbol y a los bebederos que estaban justo como si fueran el busto de algún patrono, en el centro de un muro que daba la idea de ser un mausoleo. De frente al pasillo de la entrada se podía ver la parte más longeva del conjunto de edificios, una construcción que parecía de adobe pintada de blanco. Escondía el cuarto de música, la enfermería y dos habitaciones más. Ahí vivían los encargados de disciplina, de esas habitaciones nos robábamos las llamadas de larga distancia, algo que nos hacía sentir que éramos un poco rebeldes, sólo un poco. El cuarto de música tenía las paredes verde pistache y el piso de loseta amarilla como las casas de las tías viejas que adornaban los pasillos con helechos. Ese cuarto tenía un sótano donde había centenares de discos de acetato. A la salida de ese lugar había un jardín. No recuerdo ahora

cómo le llamábamos pero hay una fotografía en la que lucimos muy jóvenes, casi niños, todos encaramados; creo que la tomaron un diciembre, aunque no tengo ni idea de quién fue el fotógrafo. Al centro, el *Rifle*; en una orilla, Atilano, el psicólogo, otro profesor que se ganó la simpatía de varios de nosotros, aunque, también, generó la sospecha más bien verificable de haber sido él quien reportó para los prefectos y rectores nuestros traumas irresolubles o nuestras aptitudes para no continuar en el camino vocacional. Los demás huecos de ese marco lo llenamos nosotros, unos treinta muchachos. Me parecen irreconocibles algunos rostros, incluso el mío. No sé si podría enlistar cada nombre de los reunidos en esa foto tomada, puedo asegurar, cerca de la una de la tarde, de cualquier día, ninguno en especial.

El segundo piso de esa construcción debió tener mayores glorias. En uno de los cuartos vivía un sacerdote al que conocíamos como el padre *Fantasma*. Nunca supe más. Pero en toda casa vieja hay leyendas como ésa, un anecdotario que impedía salir indemne al pavor que daba caminar solo, en silencio y a oscuras por los pasillos inmensos. Puedo asegurar que debido a esos rumores de aparecidos muchos jóvenes de varias épocas mearon la cama varias ocasiones. En la azotea de ese cuarto había unas veletas, también un verdadero palomar: estructuras de madera adecuadas para que las palomas llegaran a hacer nidos, a comer, a lo que fuera. Daba la impresión de que se había modificado tanto ese lugar que era irreconocible saber para qué sirvieron algunas cosas antes. Había un par de salones y un laboratorio digno de novela de terror. Había mesas largas, muy parecido al laboratorio de la secundaria pública pero con telarañas de olvido que lo distinguían. Las mesas de



trabajo tenían lavabos, tomas de gas y de agua, superficies lisas, empolvadas. Había un escaparate de buen tamaño. Se podían ver reliquias y frascos llenos de formol donde podían distinguirse fetos y ratas en conserva, en algún momento llegué a pensar que me encontraría con la cabeza de Pancho Villa. Había osamentas y animales disecados. La larga historia de ese lugar debió haber sido escalofriante. Trabajar ahí hace pensar en tiempos en los que no había luz y se invocaban espíritus malévolos, donde posiblemente sucedieron las historias secretas del lugar, donde se escondían historias truculentas entre religiosas y sacerdotes, suicidios o exorcismos.

En mis clases de química nunca nos llevaron a ese laboratorio. Lo conocimos por curiosos, por buscar el secreto. Yo sólo llegué a entrar dos o tres veces. Pero me sentí en algún siquiátrico porque las ventanas, no me imagino por qué, tenían protecciones de maya ciclónica. Muy cerca de la puerta del laboratorio había una escalera de caracol. Las llegamos a frecuentar unos años después. Usábamos la azotea por la que se subía desde esa escalera como escondite o sitio de reunión sin conjura, sólo para pasar el rato. Subíamos cada noche. No recuerdo nada de lo que llegamos a hablar ahí. Creo que sólo necesitábamos un poco de espacio, libertad de reunión, transgredir las reglas, los horarios. Los prefectos comenzaron a seguirnos. Jugábamos a tener un secreto, como cuando se juega a las escondidas. Era mi lugar preferido. Era el punto más alto. Se podía ver el palomar a un lado. Había una palmera que sobresalía si volteábamos hacia el costado contrario; alguna vez la quemamos con luces de bengala de las posadas. Alguien demostraba lo eficaz que podía ser con la resortera e incendió las hojas secas de esa palmera estéril. Llegaron

los bomberos y hubo algún castigo. Éramos maldosos, éramos jóvenes. Los restos de un observatorio hacían las veces de faro. Parecíamos huérfanos subiendo a la parte más alta del dique decididos a imaginar qué había del otro lado de donde el sol se ponía. También lo usábamos como tendedero.

El edificio preservaba sus secretos y su historia. Nos escondía el pasado y nosotros curioseábamos. Recuerdo haber estado varias ocasiones en lo más alto de la torre donde en algún momento debió haber un telescopio. Veíamos las estrellas, una palmera y los otros dormitorios que no hubiéramos podido observar desde el palomar. También, un jardín pequeño donde cosechábamos jitomates y cilantro porque las sandías nunca crecieron.

Una hilera de ventanas albergaba unas cuarenta camas por cada piso. Las veíamos mientras charlábamos. Recuerdo a Edgar y a Gamiño. No recuerdo qué soñábamos entonces. Sólo nos gustaba estar ahí. Sólo eso, o tener dónde quejarnos por barrer todo el puto polvo de un solar terregoso que conocíamos como jardín de Getsemaní. Hacía honor a su nombre. Se sufría para barrerlo. Dejamos de escondernos ahí cuando nos esperaba un prefecto para mandarnos al dormitorio. Optamos por otros lugares.

Algunos de mis compañeros hacían que el *Rifle* firmara sus libros de latín o de literatura en las primeras páginas. No lo esperábamos, aunque en el fondo sabíamos que una firma o un garabato de él guardaban valor, al menos histórico. Fuimos la última ocasión en que dictó la cátedra de literatura, la última ocasión en que declamó poesía frente a adolescentes, la última ocasión en que soltó las lágrimas en un panegírico. Aún recito a Salvador Novo porque en una clase con él lo leímos y

me sentí conmovido, siempre me sentí alejado aunque no sabía de qué; creo, aún lo hago: “Único amor ya tan mío que va sazonando el tiempo, qué bien nos sabe la ausencia cuando nos estorba el cuerpo”, declamaba yo por los pasillos gigantescos. Guardo mis exámenes de latín calificados con pulso tembloroso en una caja de zapatos en la que también he incluido mis fotos de ese tiempo y una que otra carta de algún amigo que incluía imágenes pornográficas para que no me fuera a hacer puto, decía.

La educación que recibí ahí era reaccionaria y de ultraderecha, pero no lo sabía. Pensaba que era lo adecuado. Veíamos que las ciudades se modernizaban y estábamos de acuerdo en que no fuera Corrales, Solórzano Zavala o Ramón Aguirre sino Medina Plascencia o Fox los que debían gobernar. No distinguía de esas cosas pero parece que a esa edad uno busca algo en qué creer, en esos días era en Cristo, creo. Era emocionante la manera en que el *Rifle* nos lavaba el cerebro y nos convencía. Infundía la pasión por la vida como él la concibió. Nos enseñó eso, cómo vivir. Era dogmático. Quizá a eso le conocen como vieja guardia. Hablaba todavía de bloques y se espantaba con las muestras de la juventud actual, del cabello largo o los aretes en los hombres. Exigía el íntimo decoro. Para él nosotros debíamos guardar la moral. Ser rectos y respetuosos de la doctrina social de la Iglesia, algo que me suena ya muy lejano. Nos instruyó en literatura con el libro de María Edmée Álvarez. Supimos de Neruda, pero no de Huidobro. Afirmó que Carlos Pellicer era el mejor poeta de México, y nos dimos cuenta que Díaz Mirón, Amado Nervo y la mayoría de la lista de poetas y escritores en México habían pasado por instituciones como en la que estudiábamos y vivíamos. Descubrimos

a López Velarde y, creo, no estoy nada seguro y quizá amañó las cosas ahora, quisimos ser como él. Pensábamos que en los seminarios había gente memorable. No sé por qué me imagino recitando, con todo y dedicatoria, “A un imposible” o “Del seminario”, también “A Gloria” como modernista. Así aprendí a Darío o a José Asunción Silva. Hasta hicimos canción algún poema de Nervo; era normal que pusiéramos devoción en “si tú me dices ven” y creyéramos lo que decía el yo lírico.

Su método dictatorial no sería aceptado por los pedagogos contemporáneos. Pero, según dicen, ese lugar no era para señoritas y había que aguantar el agua fría, las desmañanadas y las clases militares, aunque quién sabe, luego nos tocó encontrarnos con detalles que serían una indiscreción si las contara. Algo que es cierto es que asistía a mi educación sentimental. Encontré virtudes que debido a la edad de la punzada, como diría mi madre, no entendía, no practicaba, no tenía intención de cortejar. El viejo era un orador de cierta moral y me convencía de cómo debía actuar para ser lo que aspiraba a ser, sea lo que esto significara. Repasábamos a Vasconcelos y su *Ulises criollo* o a Justo Sierra en la inauguración de la UNAM como si esos textos fueran contemporáneos nuestros; a Alfonso Reyes, a Méndez Plancarte o a Edmundo O’Gorman hablando de los cronistas, de los humanistas mexicanos, parecíamos llamados a evangelizar otra zona chichimeca cuando salíamos de clase; hablábamos de Landívar y la *Rusticatio mexicana*: la *R-rustica-tz-io*, puntualizaba. No olvido los regaños para cualquiera que rompiera filas. No olvido los gritos y los debates con Víctor, a quien le encantaba hacerlo repelar. Proponía disyuntivas contra la moral, preguntaba sobre las drogas o el aborto a un mentor que consideraba los besos o las

miradas lascivas vistos como pecado mortal; no olvido, tampoco, la docena de ocasiones que me tocó me dieran pamba a su orden. Parecía su deporte favorito.

Enseñaba latín en mi aula. Nos gritaba todo el tiempo. Declinábamos con ritmo de marcha o de letanía, como en campo de batalla. Parecía que repiqueteábamos monótonamente. Repetíamos al cansancio mientras su puño sobre los hombros estudiantiles marcaba el compás de cada declinación. Memorizábamos. Éramos también muy jóvenes y ni siquiera recuerdo que yo mismo soñara con algún futuro. Éramos los enemigos de cualquier profesor. Éramos insufribles. Pero tenía callo y no sólo nos soportaba, nos mostró su manera de ver las cosas; no fue difícil convertirlo en ese mentor entrañable que es para mí.

De esos años me viene la *bastardía intelectual*, como afirma un sinaloense. Leí por necesidad. No una necesidad orgánica de lectura. No una pretensión borgiana o leibniziana de querer saberlo todo. No una necesidad inexplicable de ésas que las hagiografías sobre sor Juana o Francisco de Sales o Dominguito Savio muestran. No. Yo leí porque no me quedaba de otra. Me llamó mi vicerrector. Me dijo, muy serio y mirándome hacia abajo, si no encuentras otra cosa por hacer que no sea dormir en tus horas de estudio o propiciar el desorden entre tus compañeros, tendrás que dejarnos en diciembre; estábamos en noviembre. El sol escaseaba y yo acostumbraba a tirarme como lagartija en los patios de la escuela. Solía dormirme encima de los libros de gramática latina pero ese día ya no lo pude hacer. Ya no pude incitar a la banda a echarnos pedos o a jugar rayuela en el fondo del salón.

Un extraño orgullo me invadió –no hubiera sido mala idea aquella de verme de vuelta en casa de mi madre–

pero pudo más actuar debido a que me acusaban de no cubrir los requisitos de algo. Pensé en ello mientras bajaba la mirada. Dejé la insolencia. Me convertiría en un guerrero. Pensé que era tiempo de ocuparme. Creo que me atraía la idea de ser transgresor, pero no me esperaba el regaño. Fui medio cobarde porque a ese cierto protagonismo no le había visto consecuencias y, cuando se acercaron, me eché para atrás. Quizá de esa llamada de atención vienen mis ganas de volar bajo, de desaparecer. Me tumbó el orgullo; en diciembre me hubiera ido a casa si no hubiera sido por algo que me obligaba a reivindicarme. No podía quedar mal. Debía demostrar que si me iba a ir de ahí sería por mi propia decisión y no porque me botaran al carajo. Pensé en ese momento como podía pensar un quinceañero tocado en el orgullo. No podía rechazarme nadie, no sabía cómo convivir con eso. Fue, quizá, la más importante ocasión en la que, socavado el ego –sin saberlo yo–, busqué la aceptación tras una obediencia aparentemente humilde pero colmada con esa bilis del orgullo herido.

Lo pongo en perspectiva. Dejar el internado no hubiera sido del todo simple. Habría sido difícil defenderme frente a todo mundo. Sería un desertor, en algunos casos un cobarde, de otra manera. En ese tiempo decir que yo había sido echado también era una vergüenza, ¿dónde quedaba mi honor, pues? Tenía curiosidad por esta vida. Creo que no deseaba pensar en lo que hubiera sido. Quería quedarme para comprobar, para que nadie me contara. Pensé en algún momento que debía llegar al final de ese largo y aburrido proceso de formación, como solían llamarle. Mi resistencia se inflamaba al pensar que si esto fuera una carrera yo abandonaría por descalificación. Llegué a pensar que yo podía ser un corredor de fondo en ese grupo

de llamados que recorría con la mirada al volver de mi regaño. Entré al salón y me comparé con algunos de ellos: José Luis, al que conocíamos como el *Papeles*, un tipo llamado al martirio que iba por la vida con cara de santo Cristo. Veía que era todo un samaritano, ayunaba en las mañanas, se ofrecía a lavar la ropa de sus compañeros y se sacrificaba porque, creo, en ese tiempo aspiraba seria y fervorosamente a la santidad como la que nos platicaban en las clases de religión. Todos querían ser san Esteban o santa Águeda, como aquel al que nombraban *Chamín* porque no soltaba la guitarra para ninguna parte, porque no dejaba de decirlo todo con canciones, porque defendía aquello de que “cantar es orar dos veces”. Era un tipo excéntrico aun para lo que llegué a ver ahí. Se fabricaba sus propios zapatos, cantaba solo todo donde podía, también parecía vérselo estudiar prometeicamente con resultados desastrosos. No sabía que en diciembre se irían docenas a los que no volvería a ver. Pero en aquel momento haber salido así, si es que hubiese sucedido, significaría un fracaso; no quería abandonar el partido sin tocar el balón. No quería darle la razón a Sergio, quien se había dedicado a decir que yo no tenía nada que hacer en un seminario. Tomé como ejemplo a ese Alejandro a quien llamábamos *Tropezón* porque venía de un rancho lejano en Ocampo. Valoré lo fácil que era para mí irme a la casa de mi madre y quise hacer un algo devoto de ese tipo con aroma a santidad, con aire de sacrificio. En ese tiempo los términos sonaban a algo. En ese tiempo parece que había algo de vergüenza en mí.

Y no me ilusionó poder encontrarme con mis queridos amigos de travesuras en secundaria. No me invadió la precocidad de querer desvirgarme pronto. No ayudó imaginar que le podría entrar enteramente al fútbol. No

desequilibraba en el más mínimo a mi mente la idea de estar a mi antojo y con mis horarios, no sabía de eso. No hizo mella en mí la idea de entrar a una preparatoria pública donde encontraría cuanto pantalón relleno y febril y adolescente y en crecimiento podría encontrar. No ayudó la romántica idea de decirle por fin a Diana o a Lucero cuánto me gustaban. Tampoco lo hubiera hecho; quizá por eso ni siquiera valió como posibilidad. Preferí guardar en el baúl de las cosas aquello que no sabía ni siquiera cómo hacer. Quise conservarlo para mí entre las cosas que “hubieran sido”. Por eso no aprendí –ni aprendería a decir– las cosas que se merecían todas las chiquillas que llegaron a llenarme el ojo. Digamos que mi cobardía o mi timidez abonaron –y en mucho– a mi decisión de mantenerme firme como candidato a las órdenes nada mendicantes del presbiterio.

Estaba lejos y, el camino, presumían, era larguísimo. Pero me ilusionaba como alguna vez me ilusioné con Lucero Razo, una chica, delgadita de ojos pequeños color avellana que conducía su vocho rojo y destartalado; como sí llegué a soñar con ser jugador profesional de fútbol y no escatimaba en ningún entrenamiento en potreros áridos; como aún le escribía cartas al fantasma de una Diana esas tardes de ocio en las que lo último que se quiere es terminar la tarea de latín o de religión; podía también creer que lograría aguantar hasta el final. Me sentía testarudo.

No era difícil creer lo que decía el *Rifle*. Recitaba con candor los versos que décadas atrás le dedicara a su esposa. Nos hacía cantar “Morenita” cada día del cumpleaños de su mujer; lloraba con ello. Sollozaba también cuando recitaba vehementemente a Darío y colmaba las almas de los treinta y tantos de la tropa cuando con eco



decía: “Juventud, divino tesoro, ¡ya te vas para no volver!... Cuando quiero llorar, no lloro, y a veces lloro sin querer...”. Ninguno de mis compañeros podrá olvidar su gesto al hablar de modernistas, de contemporáneos, de poetas, de historiadores, de cronistas. Nadie podrá olvidar el lerdo sonsonete del *Rifle* al dictarnos el *Éxodo* en latín o la magnífica *Retórica* de Horacio para que tradujéramos por las tardes. Lentamente nos entusiasmábamos. Aunque creo que no sabíamos bien por qué, hasta sospecho que nos preparaba para cortejar muchachas en cuanto nos corrieran del seminario.

Como un breviario terminé haciendo de mi tarea escolar una oración. Me convencí –bajo amenaza– que para demostrar valor, para convencer a quien me ponía en tela de juicio, para hacer méritos, pues, debía cumplir. Hacía letra pequeña y llenaba mis cuadernos de latines y de resúmenes biográficos de escritores.

No bastaba. No bastó. Me sobraba tiempo. Dediqué horas a memorizar cada coma de la gramática de Emilio Marín. Yo sí sabía la definición de prosodia o de sintaxis o de gramática. Terminé con las hojas limpias de mis libretas traduciendo la Biblia o repitiendo en fila declinaciones o verbos transitivos y deponentes. Recitaba de memoria la clase. Pero seguí encontrando horas muertas para dormirme o pedorrearme; la leche entera que bebía todos los días me provocaba eso. No habían llegado los días de la diversidad de productos y ahí sólo nos servían leche León y, a veces, echada a perder. Años después, fueron los anuncios de Lala en los cartones de leche los que me hicieron ver que padecía de algo: era intolerante a la lactosa, pero yo, en ese tiempo, no lo sabía.

La vida diletante y de insumisa adolescencia en pleno ocupaba demasiado tiempo, suplantaba cualquier sueño

de porvenir. Habíamos caído allí por azares del destino, al menos yo. Mi historia no era tan particular como la de otros y no era digna de transformarla en historieta de vida de santos. No me parecía a esos que venían de comunidades alejadas cuya única opción era ésa o el ejército. No había en mi historia algún cura de ranchería, como con ellos, que los había invitado, porque el llamado llega de muchas maneras. León era su experiencia inaugural en una ciudad. La idea de soñar con ser obispo o santo me parecía inalcanzable, pero siempre vi que otros, desde muy niños, soñaban con serlo. Llegué a enterarme de cosas así. Chicos avejentados desde siempre, vestidos como sus tatarabuelos, con una cruz gigante al pecho. Se peinaban pulcramente y daban brillo a sus zapatos milicianamente. Eran modosos y les interesaba estar listos para los actos litúrgicos. Peleaban los lugares en las ceremonias, buscaban permanecer cerca de las sacristías. Eran como fanáticos de alguna estrella de rock pero acá los nombres de las bandas eran conducidas por algún monseñor. Habían sido monaguillos durante mucho tiempo, como si les significara una sala de espera para ingresar al seminario llegada la hora. Habían pasado muchos encuentros de algo que llamaban seminarista en familia. Concebían el sacerdocio como un sueño, una aspiración, una medalla de oro por ganar. Las mamás les encargaban el alma de sus hijos. Las muchachas los respetaban y evitaban cualquier provocación; eran confesores de sus penas juveniles y de su devoción tentada por la carne. Llegué a saber de algunos cuyos juegos infantiles no eran el trompo, el yoyo o las *casca-ritas* callejeras. Su manera de pasar las tardes de ocio después de terminada la tarea consistía en oficiar misa inventadas. Los puedo imaginar en asamblea, imitando

lo que veían hacer a los sacerdotes. Imagino que vestían casullas y estolas y coreaban las fórmulas del Leccionario y del Misal Romano. Soñaban con hacer realidad su sueño. Eran perseverantes.

Recuerdo haber visto unas fotos. En ellas, varios de mis compañeros revestidos de sacerdotes. Hallaban diversión haciéndose fotos con báculos entre las manos, pertenecían a obispos que visitaban la casa. Qué ilusión se veía en esos rostros con ambiciones pontificales. Usaban solideo o mitra en algunas otras, saludaban como monseñores a la cámara. Sonreían perversamente, como llegué a ver sonreír a algunos en ese lugar. No sabían que era la manera de conseguirse un puesto, dinero, favores, pero ya lo ensayaban, pero ya lo ensayaban.

Pienso en algunos particularmente. Creo que sabían lo que querían. Sospecho que hay pocos que saben desde jóvenes, desde niños, a qué dedicarán su vida. Son pocas personas a las que he visto ir tan decididamente forjando un camino, tan inamovible. Como si lo supieran desde el vientre materno, magnánimos, como si fueran tocados por un ángel y no tuvieran otro camino que esa línea recta, esa flecha veloz que es la vida para ellos. Como lo mandaban las cientos de historietas con vidas de santos que leí en la infancia como tarea del catecismo sabatino. Querían ordenarse sacerdotes y a veces me dio la impresión de que no importaba cómo; creo que no hubo más en sus objetivos. Ensayaban siempre. Caminaban lerdos, como avejentados por anticipación, sin dudas. Procuraban las costumbres de sus modelos a seguir. Yo creo que en ese tiempo seguían los gestos de Juan Pablo II. Los veía caminar como flotando. Intentaban no hacer ruido al recorrer los lugares, como si eso fuera un símbolo de santidad, como si la pausa en sus

pasos generara un aura de beatitud. Los veía caminar inclinándose un poco. Siempre me pareció que se trataba de producir voluntariamente una joroba, como el papa al que imitaban, como si cargaran algo muy pesado. Supongo que habrán llegado a ser lo que desearon o, al menos, han empezado ese camino. Si llegaron a ser sacerdotes como pienso, puedo verlos haciéndose fotos donde exudan virtud, también, esto es muy seguro, conducen un auto del año y se cumplen caprichos de magnate. Si en aquellos días soñaban con obispados, ahora es muy probable que sueñen con la silla romana, y con estar tan cerca de la santidad, sueñan que se les reverencia como se hace con los inspirados.

Siempre me sentí un poco desfasado. Veía que las vidas de santos eran un poco así. Se preocupaban mucho por la imitación. Los niños que habían sido antes de la inmolación y la entrega fiel y cristiana eran virtuosos, casi predestinados. Ahora me resulta un poco confuso.

A mí me era difícil caminar lento, sin prisa. Sentía que debía llegar pronto a donde sea. Había pasado una adolescencia más bien salvaje, alejada de los niños que se portan bien, entre reportes de mala conducta y quejas de profesores ni la paciencia ni la discreción eran virtudes que yo cortejara. Los baños de mi secundaria habían sido mi guarida casi todo el segundo año. Mi asignación residía en lavar los baños y que los encargados de mantenimiento me supervisaran. Era el castigo que nos propinaba un prefecto al que apodábamos *Matute*. Mis conclusiones extemporáneas me hacen pensar en que sabía algo de mis secretos con su hija, una muchacha de cabellos esponjados con la que me llegué a besar, un juego de muy niños que ni siquiera nos decía nada. Ella y yo habíamos coincidido en la casa de un primo de ella.

Pero ahora que ya éramos adolescentes ni nos dirigíamos la palabra, como si no nos conociéramos. Habíamos aplicado aquello que conocemos como la poblana: nos veíamos, sabíamos quiénes éramos, pero nos hacíamos pendejos a la hora de reconocernos. Mi padre se había tenido que avergonzar la mañana en que aquél, el policía, le había mandado llamar para darle quejas de mí. Una, especialmente. Aunque yo no era el culpable, tenía ya mi fama ganada. Un compañerito había nalgueado a una muchacha en el camión. Me culparon y no fui capaz de rebatirlo. Me agarró ojeriza, aunque eso ya no me importa. Lo que me causa cierto escozor ahora que lo escribo es no haberle dicho nunca nada a esa Andrea que me miraba con cierto rencor a la hora del receso. Fui un cobarde y nunca me acerqué a pedirle disculpas. Era lo que quería el prefecto, pero como siempre tuve conflictos con la autoridad, no lo hice; tampoco había aprendido a pedir disculpas. Nunca le dije que yo no había sido. Había asumido esa culpa cristiana porque, quizá, hubiera deseado nalguearla y aceptaba con ello la implícita culpabilidad ante los deseos obscenos. Creo que a esa edad, también, me importaba mucho tener que excusarme. Esa chica no era fea, era alta y usaba lentes, y por algo se la había nalgueado mi compañerito. Para esos años de adolescencia ella lucía bien la falda escolar.

Desde siempre era yo cabroncete insufrible y sin rumbo. Incluso frente a mis maestras de primaria. Yo creo que era más bien medio tonto. Siempre me acusaban de cosas que no recuerdo haber hecho. Ni siquiera era capaz de ser tan maldoso. Pero ellas prohibían a sus hijos juntarse conmigo por ser mala influencia. Tenía un pasado como de san Francisco de Asís pero como, todavía yo no era un

santo medieval, los virtuosos, los pontificados, los que cargaban el portafolio al obispo cada que nos visitaba, eran mis jueces ahora. No se explicaban cómo había llegado yo a ese lugar. Merecía para ellos una correccional más que ese albergue de hijos de Dios.

Sergio, creo que se llama, parecía urgir a las autoridades. Seguro ahora mismo si tuviera el poder me quemaría. Pontificaba en mi contra. No le parecía yo alguien digno del seminario después de haberme visto, apenas unos meses atrás, en alguna fiesta. No aceptaba que tuviera inclinaciones sacerdotales. Sabía que me había dado unos *llegues* con alguna de sus compañeritas de salón en secundaria y eso era como cuando uno no recogía algo del suelo porque ya lo había chupado el diablo. Supongo que hablo de ese mismo seminarista moreno que parecía coleccionar fotografías de obispos y papas como coleccionan estampillas de sus jugadores favoritos otros. Creo recordar que invertía sus ahorros en camisas con alzacuellos para luego lucirlas los domingos que nos permitían salir a comprar cosas personales. No era difícil que un seminarista consiguiera dinero de sobra. Yo mismo experimentaba las dádivas de los creyentes. Supongo que no se equivocaba. Estoy casi seguro de que ese lugar era mucho más adecuado para gente como él.

Pero yo ya estaba allí y terminé dedicando mis horas a la lectura. De esa historia podría hablar o ya he hablado. Es una historia como la de cualquiera. Cuando caigo en el recuento recuerdo a Ignacio Solares. Me entusiasmaba *Espía del aire*. Las historias que me imagino surgen del cuento, un paréntesis, que duró tres años y que comenzaba antes del desayuno en esos salones verdes, avejentados, con tanta historia perdida ahora como se ausentan de pronto todas las cosas cuando se les deja

de mirar en una fotografía o en algún recuerdo como ése del *Rifle* o de lo que creo que fue para mí, la historia a la que, como el poeta a la epopeya, yo le robé un tajo y lo transformo en postales amarillentas debido más a una nostalgia impostada que a una verdadera antigüedad; un dolor por el pasado que no vuelve, algo tonto, pues ya se sabe eso, pero sí una pérdida, la asistencia privilegiadamente ambigua a las últimas intervenciones de un hombre que ya para esos tiempos era una leyenda y que, con su muerte, como con la desaparición de ese edificio, se detuvo a flotar entre las charlas de tipos que alguna vez salimos de una clase con el *Rifle* para mirarnos al espejo y prometimos ser lo que ni seremos, ni podíamos, ni pudimos ser.





## Reminiscencias

*Sin temor a convertirte en estatua de sal,  
vuelves la cabeza al predio vernáculo.*

RAMÓN LÓPEZ VELARDE

L ha decidido aplastarse en un banco, lejos de la gente. Se ha acercado sin embargo al ruido. Los obreros talarán y cavan, suben botes llenos de mezcla por cuerdas y poleas. Atina a sospechar que son los últimos momentos de la jornada para ellos, el trabajo debe estar por concluir. Está situado en un lugar muy urbano. También, a pesar de ello, hay jardines grandes y muy cuidados que, puesto que cae la tarde, arrojan cierto olor a grama que L disfruta aspirando muy profundo, como si fuera su última respiración. Lee a López Velarde. Está cerca del sitio donde habitó noches y días, pesadillas y comidas malas durante unos años. Por estos prados corrió furioso tras un balón, o como toro en lidia por tocar el lado de afuera de la vida una vez al día; no se daba cuenta pero aspirar el aire citadino era una labor milimétrica por aquellos días de encierro. Esto es lo que hay. L ahora se percata de que en su diario ha comenzado a escribir

lo que le sucedió hace más de dos lustros. Reconoce en esto que nunca antes lo había hecho. Su diario parece la reconstrucción de su pasado más que el parte médico acostumbrado de memoria a corto plazo. Es extraño, pero es natural piensa. A L lo persigue su destino, un extraño avatar del que no se libra fácilmente. Se puede ver la mirada de L perdida, tal cual, pues está sentado en dirección al horizonte y se le puede notar, entre el gestillo velardiano, un estribillo de algún poema de los tantos que le causan sensaciones y le emocionan y lo conmueven y le recuerdan tantas cosas, y lo obligan, a escupir tanta mierda guardada por principios idiotas que sólo le reprimen y justifican la frustración.

Esto es lo que hay. López Velarde en edición de la UNAM con prólogo. Un gesto burlón casi confianzudo, lectura pausada y la acción vaporosa de fumar tímidamente, como escondiéndose de su pasado que lo castra; ese pasado que le castiga aún el cigarrillo, que lo orilla, todavía, por si alguien vigila, a darle caladas al cigarrillo a salto de mata.

Esto es lo que hay. Las siete de la tarde que aún no cae por cuestiones gubernamentales. Una silla metálica y la sensación de escribir en una mesa frágil, la vida misma. L extrañado, caminante, peregrino: avenida larga, jardín inmenso, calles transversales, olor a tenería, a comida extranjera; seis ríos de gente; sol a plomo, aridez y ardor en las plantas de los pies; un voceador y siete mil autos; una curva y, entonces, zapatos y vitrinas, afiches y chamarras, taxis y viajeros. Esto es lo que hay. Una espera inconsciente a que llegue algo: dosificar el trayecto y hacerlo como un viejo, las gafas que contienen el espíritu y los ojos cansados de leer la vida. Esto es lo que hay.

Era el segundo año de la irracional decisión del in-

ternado. La inocencia era casi ofensiva. Si bien había tenido una educación básica movida, allá, compartiendo con más de cuarenta un mismo dormitorio me había amansado. Ya habían pasado los primeros meses en los que añoraba no sé qué de afuera. Había encontrado la manera de sobrevivir. Aún no distinguía lo malo de la comida y lo catastrófico de consumir leche dos veces, todos los días de aquellos beligerantes años de capilla, aula y canchas; dormitorios compartidos, duchas he-ladas y colectivas; aseos matinales, cantos juveniles y, allá afuera, una ciudad que nos envolvía, aunque eso nosotros ni lo imaginábamos. Aún no probaba lo bien que me venía la libertad. Aún no sabía cuánto me des-bordaba ahí. Aún preservaba la inocencia, esa candidez de aquel que lo quiere todo pero no sabe qué significa eso. Todo era, evidentemente, una tierna imagen de la ingenuidad de perro del colegio y caminatas furtivas alrededor de un mismo sitio: las canchas del jardín llamado Getsemaní.

Era el jueves santo de 1998. Caminamos rumbo al centro de la ciudad en busca de templos. Playeras con cristos a la espalda y rezos aprendidos a tesón. M era una niña de camiseta azul. Pasaría la semana entera detrás de los vitrales de la capilla a la que yo asistía por lo menos cuatro ocasiones cada jornada. Ella estaría en el corredor contiguo del número 317 en la calle Mérida, donde ahora, y a la distancia, viví la más profunda y eterna herida de amor casi infantil. Estamos condenados a ser benévolos con el pasado. Somos, a pesar de no quererlo, oficialistas con cualquiera de las historias. No soy la excepción, y en ese nudo de recuerdos, sobresale uno delicadamente feliz, el de M cantando como seráfica ausente. Pienso entonces en un pasado de edad

feliz donde aunque sea por solo triunfo siento que hay una guerra ganada, como poco me sucede ahora, como me resulta imposible concebirlo ahora. Es iluso decirlo, pero siento también que es verdaderamente genuino este sentimiento triunfalista, casi de desiderata. Los recordatorios y las apariciones de jueves santo y todas esas cosas que se le vienen a uno casi hasta cortar la respiración, se convierten en esos momentos de delicioso tormento, de deseo postergado.

Era el jueves santo de 1998, aquella era una primavera, no un verano. Es, hasta ahora, mi más misterioso sentimiento de deseo, de querencia, tan entrañable, que sólo puedo explicarlo a base de metonimias y poemas ingenuo, torpe, escrito años después, recordándolo cuando recién se cumple la decena, cuando ha muerto mi maestro de latín, cuando yo mismo he pensado en el suicidio y he olvidado nombres y rezos. Es un pasado que bien se puede consumir en una taza de café eterna, que bien se puede repetir en todas mis mañanas de ventanal; es la optimista pintura que me muestra el faro en el naufragio de mi vida actual. Era el jueves santo de 1998.

Sería ilógico –nada raro después de todo– no advertirlo. Sólo que esta ocasión está subrayado con color intenso. La escaramuza no es para menos. L no es una piedra. Es esto y no otra cosa: un tipo sensible. Se supo escandalizado de felicidad, pudo distinguir que era eso y lo hizo sorprendido, y notó que esta ocasión ese saco le venía bien. Parece que haber adelgazado los momentos de este tipo hacían que éste, precisamente, le viniera más que perfecto; escandalosamente bien. Se mostró incrédulo dos segundos, pero no titubeó o por lo menos no se detuvo a dudar. Sonrió con esa sonrisa que la psicóloga le había mandado con imperativa repetición y abordó el auto. Una

canción de Maricela se escuchaba en el estéreo. Es esto y no otra cosa: L estaba sorprendido y feliz. Después de un café largo, muchas horas y mil miradas, L contempló casi divertido todo su pasado. Supo que todo tenía un hálito de inocencia y de ternura y de silencios. Ahora L sabe que la necesita, que sus brazos son el continente para esa silueta. Ahora sabe que siempre existió ese sentimiento y que se mantiene ahí, latente. Más que nunca, sabe que la quiere por risueña y la quiere sentir dormida al lado, o tenerla tras el volante, a un costado o, de frente, sorbiendo de la taza de café. Ahora L siente que la canción se acaba, que debe abordar el autobús de regreso, que debe volver a su vida trazada. Ahora L se da cuenta que esto es lo que hay. Sabe, por ésta y muchas experiencias más, que se escribe desde la pérdida.



## *Relinchito*

Parece que a cierta edad los niños elegimos darle nombre a esa presencia que nos acompaña mientras nuestros padres trabajan. Generamos un muro silente en busca del desfogue, trasunto intencional de explicarse las cosas, de hablar, de sólo decirlas porque fuera del lenguaje no hay nada. Cuando estábamos, si mal no recuerdo, en primero de primaria, eran los días en los que en mi escuela aún no se imponía el uniforme y las madres sufrían con qué ponernos cada día; sucedían los años en los que no importaba la moda y nos vestían, simplemente eso; experimentábamos los resabios de una época de poco color en la ropa y yo, además, calzaba zapatos ortopédicos. Una atmósfera más cercana a las tiendas del Seguro Social de provincia en las que sus lámparas apenas dan para que uno note la penumbra en la que se movía este tiempo, una lobreguez que, sin embargo, permitía distinguir caminos sin los encandilamientos a los que nos someten los espectaculares clubes de mayoreo que rodean nuestras ciudades actualmente. En esos días era yo un chamaco gordo y despistado. Apuntaba para ser de los chicos a los que no mirarían las muchachas. Ese final de los ochenta dejaría una huella indeleble en nosotros para la edad adulta: en medio de la algarabía

que entendíamos poco o nada, veíamos, por televisión al menos, la caída el muro de Berlín. La revolución se presenciaba en el fútbol cuando Camerún y Roger Milla daban la sorpresa ganándole a Argentina el partido inaugural en ese mundial donde México regaló su ausencia debido a los cachirules. Era 1990. Las cosas parecían tan diferentes en la infancia. Magia.

Me inserté durante un tiempo en un reducido y selecto grupo de niños. Los inteligentes del salón. Era un lugar que, por supuesto, resultó no ser el mío. Pero entonces era un seguidor, un fan, y me aceptaron casi como discípulo. Cuando salíamos a la aventura del recreo, los seguía como autómata. Creo que me llamaba la atención el mundo que traían ellos entre manos o el juego que hacía creer que era un mundo compartido. Sospecho que me incluían en sus pesquisas porque les agradaba la idea de asignarme poderes y ayudarme a escalar niveles como si de un juego de video se tratara y yo fungiera como el monito al que controlaban con los botones, que en ese entonces eran los del Nintendo o del Atari, y sólo eran A y B. Buscaban en todos lados, en una suerte de panfilismo imaginario. De hecho, ahora que lo pienso más detenidamente, me buscaban el supuesto amigo imaginario que me hacía falta, una conciencia de echar algo de menos sin haberlo tenido antes desde entonces. Me daba cuenta de que yo no sabía de lo que hablaban, pero sentía la necesidad de encajar, de buscar lo que ellos, y me dejaba dirigir. Recuerdo mirar hacia el sitio que Francisco apuntaba con tal decisión, con tal certeza de la existencia de mi aliado ficticio. Me daba por hacer un esfuerzo y me decía a mí mismo que ya creía que lo estaba viendo. Por ejemplo, veían en la torre de un templo franciscano claras manifestaciones de nuestro



objetivo, confundiéndolo, ahora lo veo, con un foco que brillaba al reflejo del sol. Luego, intentaban cazarlo entre los niños, como si el amigo aquel, se esfumara cada vez que lo encontraban entre grupos de amigos, tal como si se nos estuviera escondiendo.

Yo seguía a Uriel, a Francisco y a alguno más que ahora se me olvida. Aún no seguía a los descarriados, todavía no llamaba mi atención la niña guapa del salón, y el fútbol lo vivía junto a mi padre y a mi hermano mayor. Eran días como muchos de todos los días en los que tuve recreo: jornadas en las que trataba de ajustarme, de hacer algo que me alejara de la soledad en la que comería mi torta al pie de alguno de los pilares de mi escuela primaria, el patio más erosionado que he visto en mi vida.

Aquel compañero inexistente se llamaba *Relinchito*. El nombre lo había asignado Francisco, ese chico-genio y muy ñoño que cursaría estudios en escuela privada, conseguiría un buen trabajo y se volcaría hacia el budismo de una manera casi proselitista. Era pelirrojo y blanco, de ojos muy negros. También muy delgado y hablaba como merolico. No paraba lo mismo se tratara de todas las caricaturas en televisión abierta o de teorías sobre galaxias o mundos subterráneos que elaboraba alguna tarde solitaria, al lado de alguna tía que bordaba o lo llevaba a misa. Aún puedo confeccionar la imagen nítida de su manera de pronunciar *R-e-l-i-n-c-h-i-t-o*. Lo hacía con vehemencia, lexicalmente perfecto. Poseía una perspicacia para la escuela que pasmaría a cualquiera, nombraba con singular frivolidad tanto a los emperadores aztecas como a los virreyes de la Nueva España en tercero de primaria. Nombraba la raíz cuadrada de diez números, y estoy seguro que atemorizó a más de uno de los maestros que nos haya dado clases por esos años.

También nombraba un mundo imaginario completo hasta terminar haciéndolo el de todos. Yo llegué a en- tristecerme porque me quedaba claro que *Relinchito*, por más que Pancho dijera que era propio, no me pertenecía. El compañero ficticio, me decía –lo creo todavía–, se lo inventaba uno mismo, emergía construido de lo propio –imaginación de mi imaginación, pues–. Y ese huidizo holograma no era ni remotamente mi estilo.

Dejaría de estar en esa palomilla por unirme a la de los chicos que soportaban estoicamente reglazos en las manos por hacer maldades; no hubiera resistido tener que peinarme de a libro abierto mucho tiempo como lo hacían esos chicos de mi grupo de primaria. Los abandoné afligido porque creía que no tuve a *Relinchito*. Fue memorable por ser una farsa infantil para mí, pero nunca fue mi amigo imaginario.

Una de esas mañanas en las que me dedicaba a la docencia, buscaba la manera de hablar acerca de algo que ahora relaciono con las *Cartas a un joven novelista*. Vargas Llosa asociaba la escritura con la figuración de un amigo imaginario. Por lo visto, yo hablaba de un tema del que conocía lo que ya he relatado. Era un impostor. Verbalizaba y tendía a explicar sin mucha concreción cuando recordé algo singular, algo que de cierta forma me daba respuestas que no sabía que buscaba. Por una parte, me regalaba un porqué acerca de mi inclinación hacia ese negocio de pocos dividendos que es la literatura, la escritura. Por otro, me mostraba que era un chico más fantasioso de lo que se podría creer luego de mantenerme algunos años junto a una novia racionalista que también me había hecho miembro de la cofradía de los juicios prácticos, acaso puros, pero no esquizoides. Me iluminaba ese sendero que yo tenía como imposible

para mí, el de la invención, pues si algo me destacaba en este terreno de contar historias era, precisamente, mi apego a los recuerdos, a la memoria, a la biografía literaturizada.

Cuando era muy niño, como para no compartir escuela con mi hermano mayor o ir al jardín de niños, tenía más tiempo para jugar solo. En ese entonces vivíamos una transición en la familia. Habíamos dejado de vivir en el hotel Versalles, un lugar que administraba mi padre. Mis espacios sufrían cambios. Ya no rondaba la cocina cada medio día para robarme los muslos de pollo que doña Mary dejaba en la mesa central. Ya no paseaba en triciclo por la calle porque me lo habían robado esa tarde en la que un robachicos me llevó como cordero a las afueras de la ciudad y me entregó a un policía para regresar a mi familia, pero sin triciclo. Ya no me bañaban las recamareras en una tina gigantesca en la lavandería que estaba en la azotea. Ahora, solía jugar conmigo mismo en la cochera de la casa materna recién inaugurada. Organizaba partidos enteros de fútbol. Conformaba equipos, asignaba posiciones y nombres que ahora mismo ya no podría repetir. Sólo atino a recordar que mi equipo favorito era Jericó, nombre que había tomado de la marca de una sudadera que llegó a ser para mí “el yérsey de juego favorito”. Shorts pequeños y calcetas, cabello casi anudado, las rodillas raspadas y empanizado de polvo era la combinación perfecta para pasar tardes enteras metiéndome goles a mí mismo hasta decidir cuál de mis dos equipos imaginarios terminaría ganando. Soñaba con que mi frenillo era una herencia gala que podía utilizar cuando creciera. Podía apelar a que era francés para ser contratado por algún equipo malinchista como lo que veía a alrededor. Me barría, driblaba, marcaba

faltas arteras y expulsaba jugadores. Me engañaba con la historia de que no había trampa en los resultados a favor de mi oncena preferida. Mi madre usaba lentes tipo Jackye Onassis y mi padre vestía las últimas modas de corbatas al estilo Garibaldi en madrugada; Hugo Sánchez triunfaba en España, Maradona en el Nápoles y yo los veía cada domingo muy de mañanita en las transmisiones del *calcio* por Imevisión, narradas y comentadas por José Ramón Fernández y don Fernando Marcos. Pasaba la infancia en medio, no de mi amigo imaginario, sino de mis escuadras enteras. Yo no solamente tenía un amigo imaginario: tenía veintidós, sin contar al árbitro y a los cronistas que daban el parte del juego en turno. Convivían conmigo durante todas las tardes de aquellos años ochenta.

# Índice

## I

Ulises	11
Louise	21
<i>Encanto</i>	25
Epistolariomaniaco	37
Anacentrista	49
Ana	67
Emanuelle	71
No somos perros	77
<i>Welcome to the Rich People's World</i>	85

## II

Zárate	91
Epifanías	95
Fechorías de chaperón	99
<i>El Rifle</i>	105
Reminiscencias	129
<i>Relinchito</i>	135

Para la elaboración de este libro se utilizaron los tipos Verdana 14/18; y, para el cuerpo de texto, Bookman Old Style de 10/14.

Formación: Tonatiuh Mendoza

Cuidado de la edición: Luz Verónica Mata González



Narrar la juventud no es fácil, luego pasa que el autor podría caer en la tentación de lo obvio. Aquí no sucede eso, los cuentos son a veces inocentes, a veces procaces, a veces ridículos, pero a todos los une un espíritu de conciencia demoledor, un espíritu de rebeldía que –ahora comprende– fue gastada a lo tonto, ahora, ahora que advierte todo, ahora que ve de lejos los rituales pequeños de crecer, hacer amigos, seducir, conversar, irse de putas, y se nota el tono un poco amargo del hombre mayor que sabe que hizo bien en crecer y que es sólo por curiosidad que quiere volver a la escena de antes de la foto, esa escena de infancia, de provincia mexicana aburrida y pretenciosa, esa escena de amor que si –de visitarla tanto– deja de ser fantasma.

BRENDA RÍOS